



SERVICIO SECRETO

LA CALLE QUE NO EXISTIA

silver kane



LA CALLE QUE NO EXISTIA



SILVER KANE

LA CALLE QUE NO EXISTIA

Col. **SERVICIO
SECRETO** n.º 782

Publicación semanal
Aparece los **MIÉRCOLES**

**EDITORIAL
BRUGERA, S. A.**

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 17823 - 1965
Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: agosto 1965

© SILVER KANE -1965
sobre el texto literario

© FRANCISCO BROCAL-1965
sobre la cubierta

© COSTA -1965
sobre la ilustración interior

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965
N. R. 4298/65**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

906. — La novia del diablo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

763. — Sangre y honor.

En Colección SALVAJE TEXAS:

451. — La viuda de Satanás.

En Colección KANSAS:

315. — Hijo de la muerte.

En Colección BUFALO:

593. — El zorro y la tigresa.

En Colección ASES DEL OESTE:

320. — La ciudad de los fantasmas.

En Colección PUNTO ROJO:

155. — Una vieja ventana.

En Colección METRALLA:

49. — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

143. — El hotel de las brumas.

En Colección BRAVO OESTE:

220. — El jinete de Nebraska.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

19. — Rumbo al más allá.

En Colección COLORADO:

407. — Perro rabioso.

En Colección CALIFORNIA:

405. — Tenía que morir.

UNO

“Es una calle muy extraña. Larga, tortuosa, y sin embargo perfectamente visible en todos sus detalles. Las casas son más bien bajas, algunas ventanas están al nivel de las cabezas de los transeúntes, y a ellas se asoman los vecinos en las noches cálidas del verano. Existen pocos comercios, y la mayor parte de ellos son modestos. Casi todas las puertas comerciales corresponden a la parte posterior de los establecimientos que están en la calle paralela de la derecha, mucho más importante. Yo no sabría decir ahora cuáles son las tiendas, cómo son sus escaparates, pero sin embargo recuerdo que un establecimiento, el que más me ha impresionado siempre, es una funeraria, la única que hay en toda la calle.

“Los ataúdes entran por las noches, acompañados por hombres y mujeres silenciosos, que siempre visten de negro. A veces, tras los vidrios opacos, se ven brillar luces temblorosas.

“¿Cuál será el nombre de esa calle? ¿Por qué no puedo precisar nada más? ¿En qué parte de la ciudad está?

“¿Dónde, Dios mío?

“¿Dónde?”.

La carta terminaba con este angustioso interrogante. Sexton la sostuvo entre sus dedos pensativamente, un largo rato, después de leerla.

Al fin la devolvió a la muchacha.

Los ojos de esta, muy quietos, muy fijos, parecían los de una hipnotizada.

¡Y sin embargo eran tan hermosos!

Los ojos más hermosos que Sexton había visto jamás.

La muchacha tomó la carta con dedos temblorosos y dijo con voz extrañamente ronca:

—Otra vez ha vuelto a suceder, Sexton.

—Has vuelto a soñar con esa calle, ¿no?

La voz del hombre era pesadosa, lenta.

Parecía increíble que de un cuerpo tan atlético, tan perfectamente constituido para la lucha y para la acción, pudiera surgir una voz así, propia de un hombre acabado.

Diríase que el que hablaba así sentía una inmensa pena, una pena que estaba por encima de todas sus energías.

Repitió:

—Has vuelto a soñar con esa calle, ¿no?

—Así es, Sexton.

—¿Y por qué has escrito todo esto?

—El médico me lo recomendó.

—¿Pero es que tan lejos han llegado las cosas? ¿Has ido ya a un siquiatra para que te atienda?

Ahora Sexton se había sentado frente a la muchacha, y le estrechaba las manos. La figura de Greta resultaba pequeña junto a la del hombre, a pesar de que esta era una auténtica mujer, una de esas mujeres a las que muchos se vuelven a mirar por la calle. Tenía una gracia y una distinción indefinibles, y también tenía poesía, una extraña poesía que ahora se veía realzada por su postura lánguida, por su actitud cansada y un poco temerosa. Sexton se dio cuenta de todo eso, y se percató también de que la muchacha tenía miedo; el miedo era tan fuerte en ella que le impedía incluso hablar y explicar sus emociones.

Por eso él insistió:

—¿A qué siquiatra has ido?

—Al doctor Globber.

—Debiste haberme consultado antes. Yo te hubiera acompañado.

—Esas cosas son estrictamente personales, Sexton. Además, no quise molestarte.

—Como quieras... ¿Qué es lo que te dijo el doctor Globber?

—Que escribiera mis pensamientos.

—Y eso es exactamente lo que has hecho, ¿no?

—Sí. Dice el doctor Globber que así uno concreta mejor sus ideas y se da cuenta de cuáles son las que tienen firmeza y cuáles no.

—¿Eso es un método curativo?

—Al menos asegura el doctor que puede ser el principio de mi curación. Necesita saber cuáles son exactamente mis pensamientos.

—¿Y tú vas a darle esta carta?

—En efecto; pienso entregársela mañana.

Sexton tomó otra vez el papel, que ahora estaba sobre la mesita, cerca de una botella de licor, y lo examinó pensativamente.

La letra de Greta era redonda, firme, con rasgos claramente pronunciados hacia arriba. Cualquier gráfolo hubiera pensado, al verla, que Greta era una mujer llena de idealismo, pero Sexton no pensó eso. Sexton solo pensó que él también empezaba a tener un poco de miedo.

Un rayo de sol daba oblicuamente sobre el papel.

Eran las cinco de la tarde y estaban en la habitación que Greta ocupaba en la residencia universitaria. Greta no era ya una muchachita, pero aún seguía estudiando. Después de haber cursado brillantemente Ciencias Económicas, ahora preparaba su graduación en Periodismo. Vivía en uno de los bloques de la Universidad de Columbia, y desde su ventana se divisaba el tráfico incesante, pero poco denso, de la parte alta de Broadway.

Sexton miró todo eso de una manera mecánica, lejana.

Había llegado a olvidar dónde estaban. A él solo le preocupaba la carta.

—¿Cuándo empezó esa pesadilla? —preguntó de un modo directo, tras varios minutos de silencio.

—Yo no diría que es una pesadilla, Sexton. Al fin y al cabo, lo que me sucede no es tan terrible.

—Bueno, pues vamos a llamarlo de otro modo. ¿Cuándo comenzó esa alucinación?

—Tampoco es una alucinación.

—Puede serlo.

—¿Y si esa calle existe?

Sexton gritó, casi perdiendo el control de sus nervios:

—¡Esa calle no existe! ¡No ha existido nunca!

Ella insistió con voz suave:

—¿Y si existe?

Suspirando resignadamente, Sexton puso de nueva la carta sobre la mesa.

—Dejémonos de tonterías. Greta. Tú me estás hablando solamente de una alucinación, pero no voy a discutir eso ahora. Dime solamente cuándo empezó.

—Hará cosa de un par de meses.

—¿Y de qué modo?

—Muy sencillamente. Todas esas cosas son así; empiezan sin que una se dé cuenta. Una noche soñé con esa calle, y me pareció que pasaba por ella. No le di la menor importancia. Todas las personas soñamos, de tarde en tarde, cosas absurdas, o nos parece visitar en sueños lugares donde no hemos estado jamás. Sin embargo, a la noche siguiente, volví a encontrarme paseando por esa calle. Ahora la vi de una forma mucho más concreta, mucho más clara, y todos sus detalles me resultaron conocidos.

Sexton dijo con voz ronca, tratando de quitar importancia a la cosa:

—Claro. La recordabas del sueño anterior.

—Cierto, pero cada vez la sensación de realidad se hacía más intensa. Iba viendo las tiendas, las puertas traseras de los establecimientos de la otra calle, las viejas ventanas... De pronto me encontré ante aquella funeraria. Recuerdo que tuve miedo, y entonces el sueño se desvaneció.

Sexton se sirvió otra copa del licor con que ella le había obsequiado, pero no le notó ningún sabor.

Y siguió teniendo la boca espantosamente seca.

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó, después de unos nuevos instantes de silencio.

—Durante algunas noches no volví a soñar con esa calle. Luego, otra noche —una noche de tormenta, lo recuerdo bien— volví a encontrarme en ella. En cierto modo me daba cuenta de que estaba soñando, pero la sensación de realidad era tan intensa que me parecía como si yo fuese uno más de los habitantes de aquella calle. ¡Incluso conocía ya a muchos vecinos! Las caras que asomaban por las ventanas las recordaba de otras veces, e incluso los géneros exhibidos en los escaparates de los establecimientos me eran familiares. Esta vez pasé ante la funeraria sin ningún temor, como el que pasa ante un lugar ya conocido desde siempre. De pronto se puso a llover, y yo me vi obligada a entrar en uno de los portales. Este estaba muy oscuro, y entonces desperté. Al despertar me di cuenta de que el agua resbalaba por los cristales de la ventana, y entonces la sensación de realidad se hizo tan espantosa que llegué a lanzar un grito.

Hizo una mueca.

—Además...

—¿Además, qué? —preguntó Sexton con voz ansiosa.

—*¡Además mi cara estaba mojada! ¡Y yo solo podía haberme mojado en esa calle!*

Sexton se inclinó y la sujetó fuertemente por los brazos, a punto de perder otra vez el control de sus nervios.

—Pero tú estabas en la cama, ¿no?

—Así es.

—¡Por consiguiente no habías salido a la calle! ¡Todo fue como una pesadilla! *¡Lo que tú tenías en la cara era simplemente sudor!*

—No estoy segura.

—¿Por qué eres tan terca. Greta?

—No estoy segura... ¡No estoy segura de nada! También la muchacha parecía ahora a punto de perder el control de sus nervios. Sexton tuvo que hacer que la presión de sus manos se aflojara lentamente. Intentó sonreír, para tranquilizarla.

—¿Quieres un poco de licor, Greta?

—No, no lo necesito.

—Celebro que estés más calmada.

—Siempre lo he estado.

Pero su actitud tensa desmentía sus palabras. Greta se encontraba al borde de una auténtica crisis.

—Bueno, los dos estamos de acuerdo en que aquello era sudor —decidió Sexton—. ¿Qué ocurrió luego?

—Quité importancia a la cosa, porque al fin y al cabo aquel sueño nada significaba, pero fue entonces cuando conocí a la señora Shop.

—¿Quién es la señora Shop?

—Una adivina.

Los ojos de Sexton se entrecerraron.

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto? —preguntó bruscamente—. ¿Desde cuándo crees en adivinos y en todas esas zarandajas?

—Yo no creía, pero una amiga me llevó. Al principio fue, sencillamente, una broma.

—¿Y qué sucedió?

—La señora Shop me habló de la calle.

—¿Cómo?

—Estaba en trance. Es una de esas adivinas que no pueden decir nada sin sufrir antes una especie de hipnosis. Su voz sonaba ronca, lejana y espesa. Me describió la calle como si la estuviera viendo.

—¿La... la misma que tú habías soñado?

—¡Era como si la estuviese soñando otra vez! ¡Era la misma, exactamente la misma!

Ahora Sexton notaba que el que sudaba era él.

Sus manos cayeron sin fuerzas sobre sus rodillas—. Todo esto es absurdo, Greta.

—A mí también me lo parecía... Yo también lo creía así, Sexton, te lo juro... Pero ahora ya éramos dos las personas que, de un modo u otro, conocíamos aquella calle. Intenté preguntar algo a la adivina, pero entonces ella salió del trance. A partir de aquel momento ya no recordaba nada. Fue inútil hacerle preguntas.

—¿Volviste?

—Sí, volví.

—¿Ella te habló de la calle?

—Un par de veces más. No siempre lograba recordarla. Lo malo era que, mientras estaba en trance, no podía contestar a las preguntas que se le hacían.

Sexton musitó:

—¿Te dijo, al menos, dónde está esa calle?

—Eso es lo peor; no me lo dijo.

—Claro que no... ¡porque no existe!

—Yo preferiría que existiera, te lo juro. La visitaría una vez, una sola vez, y entonces mis pesadillas se disiparían.

Él tomó nuevamente la carta.

—Hay en Nueva York centenares de calles como esta, Greta. Calles con sus ventanas bajas, sus establecimientos pobres y sus puertas traseras de tiendas que dan a otra calle más importante. Lo único que no entiendo muy bien es lo de “tortuosa”. Las calles, en Nueva York suelen ser rectas.

—Esta forma como un pequeño recodo.

—No creo que haya calles así en la ciudad—. De pronto asió a Greta nuevamente por los brazos, pero mucho más suavemente que antes—. ¿Por qué no lo olvidas, muchacha? ¿Por qué no piensas que, al fin y al cabo, eso es una estupidez?

Ella dijo con voz lejana:

—No es una estupidez, Sexton.

—¿Por qué no?

—La señora Shop me dijo algo más.

Sexton la soltó poco a poco.

Sus dedos temblaban levemente, y un sudor frío hacía brillar tenuemente sus sienes.

—¿Qué te dijo? —balbució al cabo de unos instantes, mientras ella cerraba los ojos.

—Me advirtió que tuviera cuidado —dijo Greta—. Me aseguró que yo moriría en una calle como esa.

DOS

—Pueden traerlo.

La voz del agente Plackard había sido tajante y seca. Dio por un momento la sensación de que acababa de pronunciar una sentencia de muerte.

Los otros dos agentes que estaban junto a la puerta se movieron a un tiempo, como autómatas.

Eran subordinados de Plackard, aunque aparentemente este no ostentaba en el C. I. A. ningún cargo de los que deslumbran. Con exactitud nadie sabía cuál era su cometido en la gigantesca red de espionaje de los Estados Unidos. Sólo se sabía que había que obedecerle, y nadie preguntaba por qué.

Uno de los agentes le miró a los ojos.

Los ojos de Plackard daban frío; producían la sensación de dos pedazos de metal o de hielo.

—Señor...

—¿Qué hay, Jou?

—¿Y si se resiste?

—Traedlo aquí como sea.

—Es un hombre de los que arman jaleo, señor, y la detención no ha sido del todo legal. No ha hecho más que pedir un abogado desde que entró aquí. Yo creo que no podemos negárselo por más tiempo, y que si nuestras acusaciones no son sólidas nos veremos metidos en un buen lío.

Plackard dijo por un lado de su boca:

—Razowsky es un cochino espía.

—Eso hemos de probarlo, señor.

—¿Y por qué no he de probarlo? ¿Es que he andado a ciegas alguna vez? De hacerle hablar me encargo yo.

Los dos agentes abrieron la puerta a la vez, moviéndose sincronizadamente, igual que dos piezas de una misma máquina.

Y en realidad, en cierto modo, eso era lo que eran. El rígido

entrenamiento los había convertido un poco en autómatas.

Pero antes de salir, el llamado Jou volvió a mirar a su jefe. Y otra vez volvió a sentir clavados en los suyos los ojos de este, aquellos extraños ojos que parecían los de un asesino.

—Señor...

—¿Algo más?

—Razowsky tiene influencias. Puede que el escándalo, si es que nos equivocamos, llegue hasta las Embajadas.

—No vamos a equivocarnos, y en todo caso el que cargará con las responsabilidades seré yo.

—Por eso lo digo, señor. Lo sentiría.

Los ojos de Plackard se dulcificaron.

Miró a Jou casi como si este fuera un hijo suyo, a pesar de que ambos tenían casi la misma edad.

Una edad que no impedía a Plackard ser un hombre todopoderoso, uno de los que movían en el C. I. A. resortes desconocidos, mientras que Jou era un simple subordinado de los que solo sirven para morir o matar en nombre del Tío Sam en cualquier calle ignorada de cualquier ciudad del mundo.

—No debe preocuparse, muchacho —dijo lentamente Plackard—. Sé lo que me hago porque tengo experiencia en esta clase de asuntos. Razowsky chillará y amenazará y adoptará posturas de león hasta que se encuentre la primera evidencia contra él. A partir de ese momento ya no volverá a chillar y no adoptará más posturas de fiera, sino posturas de rata. Lo verán deshacerse entre nuestros dedos como un terrón de azúcar. Los espías tipo Razowsky no son más que eso: basura. Resistirá solamente durante un día. Yo me encargo de eso.

Hizo un gesto, dando por terminada la conversación, y los dos hombres salieron.

Plackard quedó quieto, sentado tras su mesa, mientras sus ojos grises seguían posados en la puerta por la que los dos hombres acababan de salir.

Mientras tanto Jou y su compañero habían descendido a los sótanos. Lo que había allí no eran propiamente celdas, ya que no estaban autorizados a tenerlas, pero podían ser tomadas por tales. Los que se encontraban retenidos allí, en espera de ser interrogados, se encontraban tan seguros como en un pasillo de Sing-Sing.

Llegaron ante la puerta número trece.

—Mal número —dijo Jou en voz baja—. Mala pata para Razowsky.

Tenía la llave, y la empleó, haciéndola girar dos veces en la cerradura.

Empujó la puerta.

Y lo que vio le hizo lanzar un alarido.

TRES

Sexton murmuró:

—Espero que ahora te encuentres mejor, Greta.

Ya no estaban en el departamento ocupado por la muchacha en la Universidad de Columbia, sino en un lugar bastante más animado y al propio tiempo mucho más prosaico: una cafetería de la calle Cuarenta y Dos, entre la Octava y la Novena Avenidas, en pleno West Side. Los dos se hallaban sentados ante la barra, pero en el lugar más solitario de esta, y nadie podía oírles puesto que hablaban en voz baja.

Al otro lado de los cristales veían desfilas la abigarrada fauna humana que es el distintivo de esa zona de la calle Cuarenta y Dos. Prostitutas negras con el cigarrillo en los labios, a pesar de ser solo las ocho de la tarde; invertidos que se pintaban los labios en público; tipos barbudos que se las daban de filósofos, a pesar de que jamás habían oído hablar de filosofía; individuos de mirada perdida que salían de los cines donde artistas que empezaban exhibían generosamente sus cuerpos; y de vez en cuando algún policía solemne, cuadrado, de más de cien quilos de peso, que hacía oscilar suavemente su porra, mirando vigilante a un lado y a otro.

Todo este mundo penetraba por las tristes pupilas de Greta, que miraba hacia el exterior con un rictus de cansancio en sus labios.

—Me encuentro mejor, gracias —dijo al cabo de unos instantes.

—Te he traído aquí pensando que estás demasiado tiempo sola. Este ambiente será todo lo vulgar que quieras, pero al menos no resulta propicio a las pesadillas.

—No son pesadillas —dijo ella lentamente, mientras sorbía unas gotas de su vaso de “Coke”.

—¿Aún crees que esa calle existe?

—Tiene que existir.

Sexton encendió un cigarrillo. En sus labios también se dibujaba una línea de cansancio.

—He dado cien vueltas por Nueva York —musitó, mientras exhalaba dos columnitas de humo—. No hay ninguna calle como la que tú dices.

—Nueva York no es solo Manhattan. Seguro que tú no has salido de la isla, y sin embargo Nueva York es también Brooklyn, y Queens, y el Bronx, y hasta el Estado vecino de Nueva Jersey. Es imposible que tú puedas haber recorrido todas las calles de esta ciudad inmensa.

—Prácticamente puede decirse que lo he hecho. He estado revisando los números de todas las funerarias que figuran en la guía de teléfonos, y las he visitado una por una. Puedo asegurarte que ninguna calle coincide con la que tú describes.

Ella le miró con interés.

Se daba cuenta de que Sexton había hecho un esfuerzo total, exhaustivo, para ayudarla, y en los ojos de la muchacha brilló como una chispita de gratitud.

Fue solo un momento, sin embargo. Inmediatamente volvió a asomar a ellos aquella expresión tenebrosa.

—¿Quieres decir que has visto *todas* las funerarias de Nueva York, Sexton?

—Así es.

—No debías haberte molestado tanto por mí. Tú eres un periodista muy ocupado, y vives de tu trabajo. No es justo que te obligue a perder el tiempo de esa manera.

—Nadie me ha obligado. Lo he hecho con gusto.

Depositó el cigarrillo sobre el cenicero que tenía junto al vaso, y añadió:

—De modo que puedes considerar resuelta la cuestión. Esa calle no existe. Son todo simples sueños.

—Intento comprender lo que me dices, y no creas que en cierto modo yo no he llegado ya a esa misma conclusión. Sin embargo...

Sus palabras se cortaron durante un momento.

El inquirió:

—¿Sin embargo, qué?...

—He vuelto a soñar otra vez con esa calle.

—No tiene importancia. Quizá sueñes con lo mismo durante algunas semanas, sin poder evitarlo. Pero ello no influirá en ti mientras comprendas que es eso, simplemente un sueño.

—Es que anoche recordé un detalle más.

—¿Recordaste?

—Ya te digo que cada vez que sueño con esa calle es como si la hubiera visto realmente el día anterior.

—¿Y qué es lo que *viste* esta vez?

Ella volvió a beber otro sorbo. Sexton se dio cuenta de que la mano de la muchacha temblaba ligeramente al alzar el vaso.

—Vi un andamio de madera, de los que usan los albañiles para trabajar a gran altura en las construcciones.

—¿Un andamio de madera? Ya no se usan. Los albañiles trabajan ahora de otro modo.

—Sin embargo, yo lo vi, o mejor dicho, lo soñé. Había allí una casa en reparación, con un gran andamio de madera pegado a la fachada.

Dejó el vaso sobre la barra. Su mano ya no temblaba, pero sus ojos se habían entenebrecido. Miró a Sexton con expresión ausente, como si ambos se encontraran muy lejos uno del otro.

—Los sueños, por muy detallados que resulten, son eso simplemente: sueños —dijo él, intentando quitar importancia a la situación—. No hay que estar pendiente de ellos.

—Sin embargo, los sueños son peligrosos.

—Sí, no voy a negarlo. ¡Claro que no voy a negarlo! —dijo Sexton firmemente—. Por eso te pongo en guardia contra lo que sucede: Debes olvidarlo por completo.

—¿No es posible que yo esté soñando algo que vi en mi niñez? —preguntó ella, inquieta.

—¿Tu niñez? Yo te conozco desde hace años, y no sé que te hayas movido de aquí. ¿En qué ciudades estuviste antes?

—Lo cierto es que, por ahora, no he salido de Nueva York.

—Y en Nueva York esa calle no existe. Definitivamente debes dejar de pensar en ello.

Greta insistió, anhelante:

—¿No es posible que esa calle corresponda a algo que ha visto un antepasado mío?

—¿Es que te vas a poner ahora a creer en la transmigración de las almas, Greta?

—No es eso. No estoy pensando ahora en la transmigración de las almas, pero está científicamente demostrado que los sueños se

heredan, del mismo modo que una mujer puede heredar, por ejemplo, los ojos rasgados de su madre.

Después de un nuevo sorbo, añadió:

—Durante el sueño nuestra mente se libera de dos barreras fundamentales, que son el tiempo y el espacio. Por eso hay personas que han sentido en sueños *lo que sus abuelos sintieron*. Sobre todo durante la niñez, cuando la mente no está aún cargada, esas cosas ocurren con frecuencia. ¿No has soñado tú nunca, Sexton, que saltabas al vacío, como si fueras de un árbol a otro? ¿Y no has sentido en ese momento una indecible angustia?

—Cierto. A todos nos ha sucedido alguna vez, sobre todo de niños.

—Pues parece estar fuera de toda duda que esa sensación se transmite de unos seres humanos a otros desde la más profunda noche de los tiempos... ¡se está transmitiendo desde que los seres humanos tenían los pies prensiles, como los de los monos, y podían sujetarse con ellos a las ramas de los árboles! Desde esa terrible oscuridad del pasado nos llega aún, durante el sueño, la sensación que ellos tenían al saltar de un árbol a otro, cuando aún no eran ni siquiera seres humanos. Pero nosotros somos incapaces de identificarla, y por eso nos parece que estamos cayendo al abismo. ¿No vendrá a mí desde un tiempo muy lejano lo que yo veo en sueños, Sexton? ¿No tendrá su raíz en algo que sucedió quizá muchos siglos atrás?

Sexton cabeceó lentamente.

Se había hecho él también aquella misma pregunta, pero sin conseguir dar con una respuesta válida.

Además había mil factores que desmentían lo que la muchacha pensaba. No, no, todo aquello era absurdo.

—Hace siglos no existían calles tal como tú has imaginado la tuya.

—Lo comprendo. ¿Fue, quizá, algo que vio mi madre? Las calles de Nueva York eran aproximadamente iguales hace ya treinta años, sobre todo en las partes menos comerciales, donde los cambios de los edificios son muy lentos. ¿Qué piensas tú de eso, Sexton?

—¿Cuándo murió tu madre?

—Hará unos diez años.

—No sé qué pensar, pero me parece muy difícil. Casi absurdo.

—Quizá ella me habló de algo...

—En ese caso no soñarías con tantos detalles.

—Tal vez me llevó ella a esa calle, cuando yo era una niña.

—Imposible. Te he dicho que he estado viendo todas las calles de Nueva York donde hay instalada una funeraria.

Ella suspiró.

Pareció desalentada durante unos momentos.

Sexton pensó que no hay nada peor que un alucinado que empieza a encontrar gusto a las alucinaciones. Le fastidia que le demuestren que todo el mundo en que él está viviendo no es más que una columna de vapor, un solemne vacío o una gran mentira.

En ese caso Greta, desdichadamente, no se curaría nunca.

Ella insistió:

—¿Y si la funeraria existía *entonces*, pero no existe ahora? ¿Y si yo recuerdo la calle tal como era, y no cómo es hoy? Puede haber cambiado mucho, compéndelo.

Sexton dio vueltas a la idea.

Dentro de lo ilógico que era todo aquello, la idea resultaba sólida, tenía que reconocerlo. Greta podía haber sido llevada durante su niñez a una calle que ahora era distinta. Y ella la soñaba todas las noches tal y como la vio entonces, no como era hoy. En estas condiciones, se podían dar cien vueltas a la ciudad sin encontrar jamás la calle a la que aquel sueño correspondía.

Y, mientras tanto, Greta no se curaría nunca, no llegaría a darse cuenta de que aquel sueño carecía en realidad de importancia.

Era como para desesperarse, porque él sentía por Greta algo que nunca había querido confesar. Porque ella había sido para él una mujer distinta, desde el primer instante en que se vieron.

Y ahora ella estaba envuelta en un clima de alucinaciones, de pesadillas, que llegaba a obsesionar.

Bueno, al diablo.

Ni uno ni otro conseguirían nada dando vueltas a aquel tema.

Dejó sobre la barra sesenta centavos, el importe de la consumición más una pequeña propina, y se volvió hacia la salida.

—¿Vamos? Te invito a una función de teatro en Broadway. Aún llegaremos a tiempo.

Tomó en la mano un ejemplar del periódico en que él trabajaba, y que había dejado sobre la barra. Era el último número del “New

York Herald”. Se lo puso bajo el brazo izquierdo y empujó la puerta para que la muchacha saliese.

Fue entonces cuando el periódico resbaló y cayó al suelo. Sexton se inclinó para recogerlo.

Sus ojos se posaron entonces en el pequeño titular de una noticia, en el centro de la página por la cual el periódico estaba doblado. Ese titular decía sencillamente: “Albañil muerto al caer a la calle desde un andamio de madera”.

Sexton quedó unos momentos sin respiración. Aquello coincidía en gran parte con lo que Greta había soñado la noche anterior.

Pero no dijo nada. Salió tras ella, mientras intentaba sonreír.

Su sonrisa, sin embargo, era helada.

* * *

Por la noche preguntó en la Redacción, tras entrar en la oficina donde trabajaba la sección de Sucesos:

—¿Quién redactó esa noticia?

El jefe de la sección lanzó una ojeada superficial al titular que le mostraba Sexton:

—Tuvo que ser Lane.

Lane era un hombrecillo pequeñajo y triste, quien siempre fumaba puros que abultaban casi tanto como él. Dirigió a Sexton una mirada ausente.

—¿Cómo es que no habéis puesto la calle en que esto sucedió? —preguntó el joven.

—Oye, ¿quién eres tú? ¿El director?

—Tengo interés por saber dónde ocurrió esto. Tú debes estar enterado, redactaste la noticia.

—Nos la facilitó una agencia.

—¿Y no reseñaba la calle?

—Debieron olvidarse. ¿Qué quieres que te diga? Yo tampoco insistí. Es una noticia sin importancia. La incluimos porque ahí había un hueco y porque no teníamos nada que “pesara más”. ¿Pero a qué viene ahora tanta comedia, Sexton?

—Tengo interés por saber en qué calle ocurrió el suceso. Eso es todo.

—Bueno, ya trataré de averiguártelo, aunque no creas que será

fácil. Y sobre todo no armes mucho jaleo con esto, porque el “diré” se puede poner hecho una furia si se da cuenta de que en una noticia, por pequeña que fuese, omití un detalle así. Oye, te sugiero una idea mejor... ¿por qué no haces unas excavaciones en los ficheros de la policía? Seguro que hubo atestado, y ahí tienen que figurar todos los datos.

Sexton cabeceó rápidamente.

—Lo haré —dijo.

Y salió del despacho.

CUATRO

Plackard levantó la sábana que cubría el cadáver y lo examinó con ojo crítico.

Su mirada era fría, impersonal, como la de un ingeniero que examina el proceso de fundición de una pieza metálica. Para él, los muertos eran eso, como piezas de metal, como seres que jamás hubieran tenido un alma.

Dijo:

—Listos.

Jou, que estaba junto a él, ajustó bien la sábana sobre el rostro del cadáver, como en una última manifestación de respeto.

Los dos hombres salieron, dejando atrás la fría sala de la Morgue. Plackard iba delante. En sus labios descansaba ahora un cigarrillo, y sus ojos entrecerrados no tenían expresión alguna.

Jou musitó, en contra de su voluntad:

—Ha sido horrible, horrible...

Plackard se volvió hacia él.

Su atlética figura, su poderosa personalidad parecieron anular en solo unos segundos al temeroso Jou, un hombre demasiado joven y que todavía se impresionaba ante los muertos.

Plackard gruñó:

—¿A qué viene eso?

—¿Cómo que a qué viene? Para mí resultó espantoso encontrarme con que Razowsky se había ahorcado en su celda. Es un suceso que no me favorece en nada; pueden acusarnos de negligencia a todos los del grupo.

—Nadie les acusará. En todo caso sería yo el responsable. Estuve hablando con Razowsky una media hora antes de que se suicidara, y no noté absolutamente nada extraño en él. Incluso cometí un fallo terrible: Me di cuenta de que llevaba puesto su cinturón, lo que es contrario a todos los reglamentos, y no me molesté en hacer que se lo quitase. Yo podía haber comprendido que un hombre como

Razowsky era capaz de suicidarse con aquello, pero no tomé ninguna decisión. En todo caso la responsabilidad sería mía y solo mía; no comprendo que un hombre como usted se atemorice ante una situación como esta, Jou.

El agente susurró, ya más calmado:

—No fue culpa suya tampoco, señor. Usted no podía pensar que Razowsky quisiera suicidarse. No lo podía imaginar nadie.

Plackard hizo girar su poderoso cuerpo y siguió andando hasta llegar al fondo del pasillo. Parecía no haber oído a su subordinado, o en todo caso pensaba ya en otra cosa.

La posible responsabilidad no le asustaba. Daba la sensación de un hombre habituado a enfrentarse a todo, práctico en la lucha, acostumbrado a matar y decidido a morir si era necesario.

De pronto miró nuevamente a Jou.

—¿Ha averiguado para quién trabajaba últimamente Razowsky? ¿Recuerda que les encargué una investigación sobre ese punto?

—Claro que lo recuerdo, señor. Hicimos la investigación entre todos los miembros del grupo, y usted tiene ya el informe sobre su mesa. De todos modos le anticipo que hemos llegado a la conclusión de que Razowsky trabajaba por cuenta propia. Había servido a los alemanes, a los americanos y a los rusos sucesivamente. Sólo le faltaba venderse a los chinos. Luego pensó que quizá era mejor descubrir un secreto valioso y cederlo al mejor postor. Su banda estaba compuesta por dos hombres más y una mujer.

—¿Se sabe algo de ellos?

—Nada. Todos los intentos para identificarlos han sido inútiles. Ni siquiera conocemos sus nombres.

—¿En qué trabajaba últimamente Razowsky?

—Tampoco lo sabemos, señor, pero era algo relacionado con la bomba atómica china y la potencia nuclear de su ejército. Como usted sabe, es un secreto celosamente guardado y que interesa por igual a los americanos y rusos, pues ambos podrían verse enfrentados un día al inmenso poderío de Mao-Tsé-Tung. Lo que Razowsky hubiese averiguado esta vez, podía fácilmente valer millones en Moscú o en Washington. Podía decidir el que Norteamérica se retirase del Vietnam o se lanzara, por el contrario, a una lucha abierta.

Plackard se estremeció.

—Demasiado poderío para un hombre solo —dijo con voz ronca—. Ese Razowsky está mucho mejor muerto.

Encendió su cigarrillo, cosa que no había hecho hasta entonces aún, y añadió:

—Bueno, lo mejor será que olvide por el momento todo esto, y mire el lado amable de las cosas. Precisamente esta noche he de cenar con una chica adorable que se llama Greta...

CINCO

Antes de salir, Plackard pidió que le pusieran en comunicación con los archivos del C. I. A., uno de los más completos y bien ordenados del mundo, donde una ficha entre varios millones puede ser consultada y clasificada en un solo instante, y donde prácticamente jamás falta un dato.

Plackard dijo un solo nombre:

—Greta Hudson.

Habían transcurrido cinco minutos solamente cuando le trajeron la ficha. Jou estaba en el despacho también, después de regresar de la Morgue. Miró con curiosidad la foto de la hermosa muchacha que estaba adherida a un lado de la ficha.

—¿Esta es Greta? —balbució.

—Sí.

—¿Entonces la cena de esta noche no es del todo desinteresada?...

—No.

—¿Alguna investigación?

Plackard levantó un momento la cabeza, y sus ojos grises, espantosamente fríos, envolvieron la figura de Jou.

—Yo jamás hago nada desinteresadamente —murmuró—, y usted, si quiere ser un buen agente, tampoco debe hacerlo. Cualquier cosa que emprenda debe estar relacionada con una investigación; esa mujer me importa poco. Lo que quiero es saber qué misterio se oculta tras ella.

Desvió la mirada para posarla de nuevo en la foto de Greta Hudson.

La ficha daba una descripción física muy completa de la muchacha, y a continuación señalaba que dos años antes había sido procesada por salida ilegal de los Estados Unidos, sin que se le impusiera, sin embargo, más que una leve multa. La consecuencia más importante había sido el quedar fichada por los organismos

federales, después de ese suceso.

Plackard siguió leyendo.

Jamás Greta Hudson había usado nombre falso, o al menos no había podido demostrarse lo contrario. Los motivos de su salida ilegal de los Estados Unidos —había pasado dos semanas en Méjico, cruzando la frontera con los obreros que trabajaban en las plantaciones de algodón— tampoco se conocían. Nunca quiso confesar que la había impulsado a cometer aquel acto ilegal y aparentemente sin sentido.

Encendiendo un nuevo cigarrillo, Plackard meditó:

Sólo había una cosa que llamara verdaderamente la atención en aquella ficha. Una breve nota que decía: “Se sospecha que se ha entrevistado alguna vez con Josiah Brent. Ver ficha correspondiente en archivo general”.

Por medio del dictáfono, Plackard pidió que le pusieran en comunicación con los archivos nuevamente, y a continuación ladró una orden:

—¡Josiah Brent!

La ficha estuvo enseguida en su poder. Esta era más completa, pero en cambio no tenía foto. Jamás, por lo visto, había podido conseguirse una fotografía, que no admitiera dudas, de aquel misterioso tipo llamado Josiah Brent. La ficha detallaba los viajes continuos de aquel individuo, sus extraños alojamientos en hoteles de lujo, de donde repentinamente marchaba para ir a hospedarse en pensiones de cuarta categoría. Reseñaba sus cambios de nombre y de nacionalidad, que eran tan continuos como sus viajes. Daba los números de cinco pasaportes distintos. Por fin se indicaba, marginalmente, que Josiah Brent debía ser también, probablemente, un nombre falso, y se hacía constar que cada pasaporte tenía una fotografía distinta, del mismo individuo, probablemente, pero maquillado. Una última anotación aclaraba que tal vez “Josiah Brent” fuera una de las muchas personalidades usadas por el espía internacional Razowsky.

Plackard depositó el cigarrillo sobre el cenicero.

Tendió silenciosamente la ficha a Jou, que estaba al otro lado de la mesa.

Este la examinó también en silencio. Una leve palidez había cubierto sus facciones cuando la tendió de nuevo a su jefe.

—No se había equivocado, señor —musitó—. ¿Me permite que le diga una cosa?

—Dígala.

—A pesar de su juventud, no he conocido a nadie que tuviera su olfato, señor. Llegará en el C. I. A. adonde usted quiera.

Plackard pasó por alto el halago, que no produjo ni la más mínima reacción en su rostro de piedra.

—¿No es verdad que la banda de Razowsky estaba compuesta por dos hombres y una mujer? —se limitó a preguntar.

—Sí, señor.

—La mujer puede ser esa.

No dijo una palabra más, limitándose a aplastar en el cenicero los restos del cigarrillo y a salir de la habitación.

El restaurante donde estaba citado con Greta era uno de la conocida cadena “Longchamps”.

Este estaba situado en la Quinta Avenida, no lejos de la calle Treinta y Cuatro y del soberbio Empire State Building. Reinaba allí a aquella hora un ambiente discreto, elegante, y por entre las luces tamizadas del local flotaba apenas la neblina azul de los cigarrillos.

No tuvo que esperar mucho. Greta se presentó cinco minutos después.

Plackard parpadeó al verla.

Era la segunda vez que se encontraban, pero Greta le pareció mucho más hermosa que la primera. Esta noche la muchacha vestía una túnica negra, muy ajustada a sus formas, medias grises, zapatos de alto tacón y guantes hasta mitad del antebrazo. De una forma maquinal, los rostros de todos los hombres se volvieron, con más o menos disimulo, a mirarla.

Plackard se puso en pie y le tendió la mano.

—Celebro que hayas venido, Greta.

—No hay ningún peligro en aceptar la invitación de un policía. Al menos eso pienso.

—Yo no soy exactamente un policía. Greta.

—No, claro... Tú eres un miembro del contraespionaje. Pero resulta muy parecido, ¿verdad?

—Sólo en cierto modo.

Mientras les tendían la carta para que la examinasen, él la miró directamente a los ojos.

La mirada de Plackard era gris, casi inhumana, sin expresión, que resbalaba lentamente por el rostro de la muchacha.

Era esa mirada de los hombres de acción a que nos ha acostumbrado el cine, pero sin embargo, Greta se sintió cohibida.

—No comprendo tu interés por mí, Plackard —dijo con suavidad—, ¿Es puramente profesional?

—¿Profesional? ¿Por qué había de serlo?

—Nos conocimos porque el C. I. A. quería hacer una pequeña investigación, al solicitar yo la renovación de mi pasaporte.

—Era una cosa rutinaria —dijo Plackard con una estrecha sonrisa—. Las autoridades tienen que hacer un informe, en esos casos, de todos los que han entrado o salido ilegalmente alguna vez de los Estados Unidos. Por puro azar me correspondió a mí. Así fue como te conocí, y así fue como pensé que eras la mujer más bonita que había visto en mi vida.

A pesar de la frialdad de Plackard, se veía que esta vez era sincero. Se notaba que su coraza pétrea había sido atravesada en esta ocasión por el encanto que se desprendía de la figura de Greta.

Ella lo captó, con ese especial instinto que tienen las mujeres para percibir el efecto que han producido en los hombres.

Ella también sentía ante Plackard algo que quizá no había sentido nunca. También se notaba presa del extraño magnetismo que parecía desprenderse de los ojos helados del hombre.

Luchó contra eso.

—Creí que eras en el C. I. A. un personaje más importante —dijo cruelmente—. A un jefe de categoría no se le encargan misiones rutinarias como la que hizo que me conocieses.

—En eso tienes razón —sonrió él—. No soy más que un jefecillo, un tipo de esos que esperan subir, pero que de momento no son gran cosa. Pero también un jefecillo que puede pensar, viendo a una mujer como tú, que la vida es maravillosa.

—¿Qué edad tienes, Plackard?

—Treinta años.

—Eres demasiado joven para desanimarte. Tú llegarás adonde quieras.

Plackard dijo suavemente:

—Tal vez...

Y sus ojos la miraron, sin que él mismo se diera cuenta, de una

manera absolutamente inhumana, como poco antes habían mirado el cadáver de Razowsky.

* * *

La cena, pese a su relativa sencillez, fue maravillosa.

Plackard era un hábil conversador cuando se lo proponía, y sabía tener a la gente pendiente de su charla. En cuanto a Greta Hudson, necesitaba esta noche que alguien la animase, y él lo consiguió. Cuando salieron del restaurante, la muchacha se sentía mucho mejor que al principio. En cierto modo, podía decirse que era feliz.

Ya en la calle, les envolvió la brisa fresca que llegaba desde el río.

Greta se estremeció.

—Es hora de que vuelva a casa —dijo suavemente.

—41

—¿Dónde vives? Aún no lo sé.

—En un barrio no demasiado distinguido.

—¿Dónde?

—En la calle Cincuenta y Cinco, muy cerca de la Décima Avenida.

—Eso está junto a Central Park.

—De todos modos no es bonito.

—Te acompañaré luego allí, pero antes te propongo una cosa.

—¿Qué?

—Hay docenas de novios que suben por la noche al Empire State, y nosotros lo tenemos muy cerca.

—Pero no somos novios.

Plackard sonrió.

Su frialdad se había disuelto. Sus ojos tenían, por primera vez, una expresión casi tierna.

—¿Tan difícil resultaría que llegáramos a serlo?

—Podemos probar —musitó Greta.

En cierto modo no era dueña de sus facultades, y ella misma no sabía lo que le ocurría. Era como una borrachera, pero no habían probado ni una gota de alcohol. Se dio cuenta de que su voluntad quedaba en cierto modo anulada por la poderosa personalidad de

Plackard, y eso le dio miedo, pero sin embargo, no supo resistirse.

—Podemos probar —repitió suavemente.

Ya en el primer ascensor, él la había tomado del brazo con fuerza. En el segundo, el que lleva a la terraza descubierta de observación, la acarició con suavidad los hombros.

Hacia una noche fría, y no había apenas gente en el Empire, a pesar de que la visibilidad era casi perfecta.

Cuando llegaron a una zona oscura y solitaria de la plataforma, Greta supo lo que iba a ocurrir.

Notó en su cintura los brazos del hombre.

Sintió sus labios en sus labios.

Por primera vez Plackard había perdido su frialdad y la besaba como un lobo, lenta, ruda, avariciosamente.

SEIS

Cuando Greta llegó a su casa, el teléfono repiqueteaba insistentemente. Lo oyó ya cuando abría la puerta, y eso hizo que se dirigiera sin vacilar a descolgarlo.

Una voz cortante de matices preguntó:

—¿Señorita Greta Hudson?

—Sí. ¿Quién llama a estas horas?

—¿Conoce usted a una señora llamada Shop?

Greta se estremeció. La señora Shop era la adivinadora. Era la mujer que en sus momentos de trance le hablaba de la calle que no existía.

—Sí, la conozco —dijo temblorosamente.

—Le hablo desde cerca de aquí, desde el Hospital de Especialidades de la calle Cincuenta y Dos Oeste. La señora Shop ha sido encontrada sin sentido en su domicilio, donde se había producido un pequeño conato de incendio. Después de la llegada de los bomberos, hemos tenido que trasladarla aquí.

—¿Es grave?

—No, no... Por lo visto se desmayó y sufrió luego una pequeña intoxicación a causa del humo.

—¿Y la casa?

—Pequeños desperfectos sin importancia. Se llegó a tiempo.

—¿Por qué me ha llamado a mí?

—Al parecer, la señora Shop no tiene parientes. Buscamos en su bolso y solo encontramos una tarjeta, que era la de usted. ¿Son amigas?

—Bueno... en cierto modo, sí.

—¿Quiere hacerse cargo de ella? Es decir, la señora Shop está en situación de salir del hospital, pero los médicos han aconsejado que no se la deje sola por el momento. Desde luego, podría quedarse aquí por una noche, pero ella no quiere. Es una mujer realmente extraña, que parece vivir fuera de este mundo. ¿Podemos confiar en

usted?

—Oh, desde luego.

—Entonces la esperaremos.

Greta dijo presurosamente:

—Voy enseguida.

El hospital, efectivamente, no estaba lejos de donde ella vivía. Encontró a la señora Shop ya vestida, pero tendida en la cama y con la mirada perdida en el techo. Daba la sensación de encontrarse en trance, de no pertenecer para nada a este mundo.

Greta la miró con curiosidad, mezclada con un poco de miedo.

Siempre se había preguntado qué edad tendría aquella mujer. La señora Shop era como una momia, no parecía sometida a las leyes normales del tiempo.

Ahora mismo su rostro apergaminado era exactamente el de una mujer sin edad; hubiera podido hablarse de cincuenta años, de sesenta, de ciento veinte. Greta siempre había sentido aquella especie de asombro y de temor ante ella.

Pero no lo demostró.

—Vamos, señora Shop —dijo suavemente—. La llevaré a su casa.

Ella sonrió.

La había reconocido, y parecía confortada con solo la presencia de la muchacha.

—Como tú quieras. Greta. Ya no podía resistir más tiempo aquí. Estas salas huelen a desinfectante de un modo terrible.

Greta la llevó a su casa. Tenía un “Oldsmobile” de un modelo algo antiguo, y trasladarla al lugar donde la señora Shop vivía fue cuestión de minutos. Vio que las habitaciones que ocupaba apenas tenían unos leves desperfectos, pues el incendio había carecido de importancia, aunque el espeso humo estuviera a punto de costarle la vida.

La señora Shop se sentó en una vieja butaca de alto respaldo, cerrando los ojos. Todo su rostro parecía transfigurado. Nuevamente Greta tuvo la sensación de que no pertenecía a este mundo.

—¿Qué le ocurre, señora Shop? ¿Necesita algo?

—No necesito nada... Sólo, tal vez, un poco de silencio. No me hables. Greta, no me hables para nada. Estoy viendo la calle...

Greta sintió frío en la espalda.

Como siempre le ocurría, notó que su respiración se hacía lenta, espesa y silbante.

—¿Qué ve, señora Shop?

El silencio se había hecho espeso en torno a ellas. La habitación parecía cargada de sombras.

—Veo las ventanas bajas de la calle... Hay algunos vecinos asomados a ellas. Uno, el más próximo, es el señor Popper, quien tiene un establecimiento de embutidos en la casa vecina... Su salami estilo húngaro es famoso en toda la calle. Más allá se encuentra una camisería... Las prendas están algo pasadas de moda. La camisería pertenece al señor Laurens, quien no ha sabido modernizarse. Veo... veo la funeraria. Esta noche se ven brillar lucecitas detrás de los cristales, lo cual indica que hay un velatorio. Mañana saldrá el entierro. Quizá sea el establecimiento más próspero de toda la calle, esa maldita funeraria. Veo... veo también a...

De pronto su voz se cortó.

Su expresión se hizo angustiada, y en sus facciones contraídas pareció dibujarse la leve huella del miedo.

—¿Qué ve, señora Shop?

Los labios de la mujer se curvaron.

Su voz era ronca al decir:

—Veo a Tockson.

El nombre no decía a Greta, absolutamente nada. Balbució:

—¿Quién es Tockson?

—El conoce el secreto de la calle.

—¿Qué secreto?

La mujer entreabrió los labios. Pareció que iba a decir algo, pero sin embargo ningún sonido, absolutamente, partió de ellos.

Daba la sensación de estar sumida en lo más profundo del trance.

Sólo susurros roncoss partían de sus labios, y ni una sola palabra inteligible llegó a oídos de Greta.

Esta se acercó más.

Sus ojos brillaban.

—¿Quién es el señor Tockson? ¿Dónde está? ¿En qué lugar puedo encontrarle ahora?

—Su imagen se difumina... —el pecho de la mujer subía y bajaba agitadamente—. No puedo verlo apenas... Ahora ya no está en la calle, sino en el lugar donde solía reunirse con... con... ¡No puedo precisar nada!

Greta apretó los labios.

Sus dedos se cerraron como garfios de hierro en torno a los hombros de la vieja.

Greta había cambiado, y algo misterioso, que no era habitual en ella, aleteaba en sus pupilas. Los dedos siguieron apretando los hombros de la vieja, hasta hincarse en ellos.

La señora Shop gimoteó:

—¡Déjame...! ¡Déjame! ¡Me haces daño!

—¡Hable! ¡Dígame dónde está esa calle! ¡Hable!

—No puedo precisar... ¡Nunca he visto su número o su nombre!... Es... es... ¡yo la he visto muchas veces, pero no puedo precisar dónde está! ¡No me atormentes más! ¡Suéltame!

Greta la soltó lentamente.

Su voz era distinta cuando exigió:

—Hábleme del señor Tockson.

—Lo veía claramente... Estaba antes en la calle, pero ahora... Ahora no está allí. Intento verlo...

—Concéntrese... Dígame dónde ve a Tockson... ¡Trate de precisar dónde está él ahora!

—Siempre se reunía con...

—¿Con quién?

—No puedo precisar... ¡no veo nada!

La voz de Greta se hizo ahora más suave, mucho más dulce, al preguntar, desviándose ligeramente del tema:

—¿En qué lugar se reúne Tockson?

—Una pista.

—¿Una pista? ¿De qué? ¿De carreras? ¿Quizá un hipódromo?

Los hipódromos son lugares ideales para reunirse con alguien sin llamar la atención, y por eso a Greta se le ocurrió en primer lugar esa posibilidad.

Vio que la cabeza de la vieja se movía pesadamente de un lado a otro.

—No, no es un hipódromo.

—¿No?

—Es algo blanco. Él está debajo.

Greta no comprendía. Pero intentó pensar rápidamente, porque la señora Shop no estaría ya mucho tiempo en trance. Luego perdería el sentido, como tantas otras veces.

—¿Se trata de la pista de un circo? ¿Él está allí, debajo de la lona? —preguntó al cabo de unos instantes, creyendo que al fin había dado con la verdad.

Exhaló un suspiro de desánimo al ver que la vieja volvía a mover la cabeza negativamente.

—No, tampoco es eso.

—¿Una pista blanca? ¿A qué se refiere? ¡Hable, señora Shop! ¿Está segura de que no es un circo?

—No... No es un circo... Tockson siempre iba allí cuando tenía que comunicar algo... Ahora está en el mismo lugar, lo adivino... ¡Quisiera verlo, pero no puedo!

—¡Inténtelo!

Greta zarandeó a la vieja, y de pronto se dio cuenta de que había cometido un error.

La señora Shop lanzó un suspiro largo, doloroso, y perdió el sentido. Su cabeza cayó flácidamente a un lado. Sus manos descansaron sin fuerzas sobre los brazos del sillón.

Greta aflojó la presión de sus dedos en torno a los hombros de la visionaria.

Sus labios estaban curvados con una mueca de despecho y de desaliento a la vez. Jamás había estado tan cerca de conocer la verdad, y jamás se había encontrado tan a ciegas como en este momento.

¡Debajo de una pista blanca! ¿Qué significaba eso?

De un modo mecánico comprobó que el pulso de la señora Shop era normal y que su respiración regular y rítmica era la de una persona en reposo. Fue al centro de la habitación y adecentó un poco la cama, cuyas ropas estaban desordenadas aún.

Sin esfuerzo aparente, demostrando que era mucho más vigorosa de lo que parecía, levantó a la señora Shop y la depositó en el lecho. Estaba segura de que ahora no se despertaría hasta la mañana siguiente, sin recordar nada de lo que había sucedido.

De pronto Greta pareció muy cansada.

Otra vez estaba a ciegas, tan a ciegas como antes, pero ahora eso

le parecía doblemente doloroso porque había estado muy cerca del fin, quizá más cerca que nunca.

Tockson... ¿Quién era Tockson? Y estaba debajo de una pista blanca... ¿En qué ciudad? ¿Qué clase de pista? ¿Dónde?

Las preguntas se amontonaban en el cerebro de Greta, martilleándolo cruelmente.

Con gestos cansados, convencida de que la señora Shop no corría ningún peligro, salió de la habitación. El estado de esta señora había sido una de sus preocupaciones desde que la conoció. No le convenía que muriese.

Salió a la calle, que aparecía oscura y solitaria, y entonces lo comprendió todo.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

SIETE

Las palabras de la señora Shop no podían haber sido más claras. En Nueva York, hay, en efecto, una pista blanca, debajo de la cual puede haber no solo un hombre, sino varias docenas de ellos.

¡La pista para patinaje sobre hielo que hay delante del Rockefeller Center!

¿Cómo no lo había comprendido antes?

Se trata de uno de los lugares más frecuentados por la *élite* de Nueva York, delante mismo de la catedral de San Patricio. Puede patinarse en la pista durante muchas horas del día, y bajo ella están los sistemas de refrigeración, para mantener siempre dura la capa de hielo. A esa zona se llega por los sótanos del Rockefeller Center.

Greta no perdió un minuto.

Sabía que la pista estaba cerrada en ese momento, pero no así el edificio central, el número 30 de Rockefeller Plaza. Podía llegar a los sótanos fácilmente, porque incluso a esa hora muchos turistas visitarían el complejo de edificios, para llegar hasta la altísima terraza de observación y ver Nueva York de noche, como ella misma había estado haciendo poco antes desde el otro rascacielos de similar altura, el Empire State Building.

Tomó su coche y lo estacionó en la Quinta Avenida, delante del complejo de edificios de Rockefeller. A aquella hora estaba permitido aparcar, y no tuvo dificultades.

Entró en el vestíbulo, dirigiéndose por unas escaleras, a la derecha, a las galerías inferiores. Había allí numerosas tiendas subterráneas, extremadamente lujosas, y la sala de espera para los turistas que iban a hacer la visita a los edificios.

Greta obtuvo su *ticket* y se sumó al primero de esos grupos. Sabía que siempre se visitaban las instalaciones situadas bajo la pista de patinaje.

Así fue también esta vez.

El lugar era prosaico, oscuro, lleno de grandes cajas y de

voluminosos conductos de refrigeración que surcaban en todas direcciones el techo.

Greta se separó un poco del grupo, se ocultó tras uno de los grandes cajones y esperó a que todos marcharan. Nadie, ni siquiera la guía, una muchacha menuda vestida de azul, notó su ausencia.

El silencio se hizo en torno a Greta poco a poco.

El sótano estaba del todo vacío a aquella hora, y si había empleados no se les distinguía en ese momento. El silencio era total. De vez en cuando se escuchaba el runruneo lejano de los ascensores, pero nada más.

Durante cuatro minutos, cinco, Greta se mantuvo en la más absoluta inmovilidad.

Empezó a pensar si no se habría equivocado. El tal Tockson quizá estuvo alguna vez allí, pero no había razón para que estuviese precisamente en este momento. Además, ¿cómo le reconocería? ¿Cómo sabría ella que estaba ante el hombre de que le había hablado la visionaria?

De pronto oyó unos pasos a su espalda.

Eran unas pisadas cercanas, pero suaves, que apenas producían un levísimo rumor.

La muchacha sintió que le temblaban los párpados. Empezó a arrepentirse de haber venido.

Cualquiera podía matarla allí, hacer con ella lo que quisiese mientras no llegara un nuevo grupo turístico. Y a aquella hora, ya a punto de cerrarse el edificio, ¿cuándo llegaría?

Greta miró en torno suyo.

Había luz, pero esta no era excesiva. Algunos lienzos de pared se mostraban ante sus ojos como pedazos de sombra. El silencio volvía a ser absoluto, después del rumor de los pasos.

Y de pronto estos volvieron a oírse.

Ahora más cerca, hacia la derecha, pero siempre a su espalda.

Greta intentó tranquilizarse. Debía ser un empleado. Incluso se dijo que tendría que dar una explicación acerca de su estancia allí, cuando la sorprendiesen.

Se volvió.

Los pasos se oyeron en otro sitio. Parecía como si trazaran una circunferencia en torno suyo. Un cerco.

La muchacha se sobresaltó. Sus nervios empezaron a tensarse. Le

hubiera gustado poder lanzar un grito.

Comprendió que debía cambiar de situación, acercándose a los ascensores. Allí estaría más segura.

Empezó a caminar poco a poco, pegada a los grandes cajones de madera, y de pronto los pasos se oyeron claramente, en rápida sucesión, junto a su propio cuerpo.

Fue entonces cuando una mano helada, una verdadera zarpa, cayó sobre su nuca.

OCHO

Sexton estaba en la calle.

Detuvo a la entrada su coche, un “Convair” relativamente pequeño en comparación con el monumental tamaño de los restantes modelos americanos. Desde allí, con los ojos entrecerrados, miró atentamente a través del parabrisas.

Un suspiro de alivio escapó de entre sus labios.

Seguramente no se había equivocado. Probablemente esta era la calle.

¿Pero lo era de verdad?

Una fuerte sensación de realidad se había apoderado de él. La impresión casi invencible de que todo aquello era un sueño.

Recordó su búsqueda de varias horas, para averiguar el lugar donde un hombre había caído desde un andamio de madera. Recordó que, al fin, había conocido la dirección. Estaba en el extremo este de Brooklyn, en uno de los lugares más apartados de la ciudad. Y era una de las poquísimas calles de Nueva York —si exceptuamos Broadway— que formaba un recodo.

Sin embargo no estaba seguro de nada. La sensación de irrealidad seguía adueñándose de él.

Hizo que el coche arrancara poco a poco, y avanzó a lo largo de la calle en primera velocidad, mirando a un lado y a otro.

Algunos detalles coincidían; por ejemplo, las ventanas bajas de muchas casas.

¿Pero qué calle popular de Nueva York no tiene casas con ventanas bajas? ¿Qué piso bajo no tiene huecos al exterior, casi a la altura de las cabezas de los transeúntes?

Sexton siguió avanzando.

La calle no era larga, por lo que podía examinarla con toda atención, a la velocidad que iba. Sin embargo, llevaba recorridas solo unas cien yardas cuando un policía salió a su encuentro y le hizo detenerse con un ademán de su brazo.

—No puede estacionarse aquí —dijo secamente—. Y haga el favor de rodar a más velocidad.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Una red del alcantarillado se ha hundido, y el firme de la calle puede ceder también. Es peligroso.

—¿Y si dejo el coche aquí? Me interesa seguir a pie para hacer una comprobación.

—Lo siento, pero es imposible. Las órdenes son rigurosas; en realidad debería obligarle a retroceder, pero ya que está aquí le dejaré pasar siempre y cuando no se entretenga.

—Gracias, agente, lo haré así. Una última pregunta, por favor.

—Diga.

—¿Se ha matado aquí un hombre al caer desde un andamio?

—Sí, pero yo no estaba de servicio. No puedo aclararle nada.

—¿Dónde ha sido?

—Más adelante. Y, por favor, no se entretenga.

Sexton saludó al agente con una suave sonrisa y siguió adelante, ahora a buena velocidad, pese a lo cual podía ver los lados de la calle con cierta perfección.

Sólo necesitaba ver dos cosas: Una, los andamios desde los que había caído el hombre, para estar seguro de que no se equivocaba; otra, la funeraria de que siempre le hablaba Greta.

Una funeraria que, cosa extraña, no figuraba en la guía telefónica de Nueva York.

Pero le bastaba con saber que existía. Le bastaba con verla para darse cuenta de que Greta había dicho la verdad.

Fue a aminorar la marcha, para mirar con más detención, pero en ese momento, otro policía surgió de entre las sombras.

Le hizo dos enérgicas señas para que circulase más aprisa, y Sexton no pudo detenerse.

Llegó al extremo de la calle, y entonces tuvo que cerrar los ojos.

No, no podía ser.

No solo no había andamios, sino que tampoco existía en la calle ninguna funeraria.

Cuando hay andamios ante una casa es porque se efectúan reparaciones, y en ese caso no parece lógico que se terminen en unas pocas horas. Sin embargo, allí no había ni rastro de aquello.

Existían, eso sí, un par de casas enormemente viejas, casi

sinietras, y que no rimaban con el tono general de la calle, pero no había señal de que en ellas se hubieran efectuado reparaciones últimamente.

¿Dónde estaban los andamios?

¿Es que también el periódico había publicado algo que nunca sucedió? ¿Es que el policía le había mentido?

No, no podía ser.

La sensación de irrealidad se hizo más fuerte en él, hasta que la idea de que estaba soñando se convirtió en invencible.

Además, aquella calle *tenía algo*.

No podía precisarse qué era, pero evidentemente había en ella algo que no era posible ver en las otras.

¿Las casas demasiado viejas que antes había divisado?

No, no era solo eso. Era toda la calle. Sólo al entrar en ella, uno ya tenía la sensación de que estaba viendo un escenario, una de esas calles —construidas incluso con materiales sólidos— por los decoradores de cine para el rodaje de una película. Es decir, estaba viendo algo que no existía en realidad. Pero el policía se lo había dicho claramente: Aquella era una calle auténtica, una calle incluso peligrosa, porque se había hundido una red de alcantarillado bajo ella. Sexton miró hacia sus lados y se dio cuenta de que las casas eran de verdad, no de cartón. Si ahora mismo lanzase su coche a toda velocidad contra una de ellas, lo convertiría en harina.

Por si eso fuera poco, en el poste indicador de la entrada se señalaba el número de la calle dentro de la topografía de Brooklyn. Era algo que existía de verdad; no podía dudarlo.

Incluso un hombre razonable no se hubiera planteado ya aquellas dudas, pero a Sexton, en la situación en que estaba, todo le parecía posible.

Incluso que fueran realidad los sueños de Greta.

Porque no eran más que sueños, de eso estaba seguro. La calle era igual a muchas otras de Brooklyn o de Manhattan, y además, no existía en ella ninguna funeraria.

Tendría que pedir a Greta que dejara de pensar en ello. Que no fuera más a ver a la señora Shop, y que se pusiera decididamente en manos de un siquiatra para eliminar de su mente todas aquellas alucinaciones que amenazaban con trastornarla.

Porque, eso sí, la muchacha podía acabar volviéndose loca si

continuaba por aquel camino.

Sexton arrancó de nuevo, mientras pensaba tristemente que se había enamorado de una visionaria.

Una hermosa muchacha que iba tras algo que nunca había existido, que no existiría jamás...

Volvió a Manhattan por el viejo puente de Brooklyn, mientras su expresión se ensombrecía poco a poco.

Era medianoche. Toda la parte baja de la ciudad estaba silenciosa como un cementerio.

NUEVE

En el primer momento, Greta, al sentir aquella zarpa helada sobre su nuca, no supo reaccionar. Se notó acorralada, y hubo un peligroso instante en que sus fuerzas la abandonaron.

Luego volvió poco a poco la cabeza. Se dio cuenta de que la persona que la había sujetado por la nuca no intentaba, sin embargo, nada más contra ella.

Sus ojos tropezaron con los de un hombre de unos cuarenta años de edad. Era un hombre fuerte, atlético, pero lo que más llamaba la atención en él era la sensación de astucia que denotaban sus ojos. El hombre tenía unos ojos de zorro que sin embargo miraban ahora a todas partes con un cierto temor, como si no se sintiera seguro.

Greta se dio cuenta de que estaban los dos solos. La sensación de soledad en aquel rincón —situado sin embargo en el centro de Nueva York— era casi angustiosa.

El hombre entreabrió los labios para decir:

—Te esperaba. Sabía que acabarías viniendo alguna vez.

—¿Venir? ¿Por qué?

Greta no sabía exactamente qué pensar. En el primer momento incluso se preguntó si no estaría ante un loco.

El hombre la miró extrañado.

—¿No te dijo él que me encontrarías aquí?

—¡El?

—¡Vamos, no te hagas la tonta!

El desconocido la había soltado poco antes, pero ahora la sujetó de nuevo y casi la zarandeó.

—Yo no le conozco a usted... —gimió la muchacha.

—¿No me conoces? ¿Entonces por qué estás aquí?

—No sabría explicarlo, pero no es por lo que piensa. Nadie me dijo que viniera a verle.

—¿Nadie?

—¡Ni siquiera le conozco!

—Me llamo Tockson.

Greta tuvo un estremecimiento. Fue como un calambre que recorrió todo su cuerpo.

La señora Shop le había dicho la verdad. Con sus ojos cerrados, la señora Shop *había* visto la verdad.

Aquel hombre llamado Tockson estaba efectivamente en Nueva York, bajo una pista blanca.

Pero sin embargo, Greta no le conocía, eso era cierto, e ignoraba lo que aquel tal Tockson podía querer.

El volvió a zarandearla.

—Tienes que ayudarme a salir del país. Esto es una ratonera.

—¿Ayudarle a salir del país? ¿Cómo?

—Él te habrá dado instrucciones.

Nuevamente, la muchacha tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla a la que no sabía dar nombre.

La verdad era que en este momento no comprendía nada, pero decidió seguir un poco la corriente a aquel hombre, para ganar tiempo.

—¿Cuándo ha podido darme las instrucciones *él*?

—Antes de morir.

Ahora la muchacha se estremeció de nuevo.

Algo así como un ramalazo de horror hizo palpar sus ojos.

—¿Cuándo ha muerto *él*?

—Esta mañana. Se ha suicidado en su celda.

—¿Lo habían detenido?

—Los del C. I. A. Iban a entregarlo a la autoridad judicial al cabo de pocas horas, en cuanto tuvieran contra él una prueba palpable.

El hombre la zarandeo de nuevo. Parecía asustado, a punto de sufrir un “shock” nervioso.

—Tienes que sacarme de aquí... Supongo que *él* te ha dado instrucciones y dinero. Si los del C. I. A. me atrapan también, no cejarán hasta meterme entre rejas para toda la vida. Tengo billete en los autobuses de la “Continental Trailways” para llegar hasta Florida. Haré cambios frecuentes, de modo que no me atraparán. Pero desde Florida tengo que llegar a cualquier sitio del Caribe, a las Bahamas, por ejemplo. Necesito dinero y una seguridad de que no seré abandonado. ¡Tú tienes que darme ambas cosas!

La muchacha no entendía más que simples retazos sueltos de todo aquello.

Una invencible sensación de vértigo la dominaba.

Era como si viviese un sueño del que no podía despertar, algo que la estuviese acompañando hasta más allá de las fronteras de la noche.

Oyó, como si fuese la de otra persona, su propia voz, diciendo agitadamente:

—¡Yo no le conozco a usted! ¡Ni sé nada acerca de un hombre llamado Tockson!

La zarpa cayó otra vez sobre ella, pero ahora sobre su cuello.

—¡Maldita...!

Greta se estremeció de horror al comprender que el hombre estaba fuera de sí. Al darse cuenta de que podía matarla.

Fue en ese momento cuando se oyeron nuevamente pasos en algún lugar del sótano.

No pasos de varios visitantes, lo que quizá hubiera podido parecer lógico, sino pisadas de un solo hombre.

Alguien que se aproximaba por entre los cajones, sigilosamente, pero al mismo tiempo permitiendo que se oyeran algunos de sus pasos.

Exactamente igual que la muerte. La muerte que se anuncia por mil detalles, pero que nunca se deja ver hasta que cae definitivamente sobre su presa.

El hombre llamado Tockson soltó a Greta.

Sus ojos extraviados miraron en todas direcciones.

No se veía a nadie. Y el silencio que en estos momentos les envolvía era angustioso.

Luego sonaron otra vez los pasos.

Claramente se podía advertir que el desconocido, fuese quien fuere, se encontraba tras un gran cajón que había a la derecha. Tockson miró hacia allí, y en sus labios se dibujó una mueca de decisión.

Hundió la derecha en uno de los bolsillos de su americana y extrajo una navaja de resorte. La abrió con un suave chasquido.

Greta estaba como hipnotizada. Se sentía incapaz de gritar, de hablar, de pensar tan siquiera.

Vio a Tockson avanzar encorvado hacia el cajón, y de pronto

lanzarse tras este.

Se oyó un grito de agonía y el cuerpo de un hombre al caer a tierra. Luego nada.

Un silencio angustioso, obsesionante, como el que ya antes había rodeado a la muchacha.

Esta tardó unos instantes en reaccionar. Una especie de timbre de alarma vibraba dentro de su cerebro. Sabía que del mismo modo que una persona había matado a otra, podían matarla a ella.

Pero no podía estarse quieta allí. Permanecer en el mismo lugar, era como dar voces llamando al asesino. Necesitaba llegar a los ascensores cuanto antes y salir de aquel lugar maldito.

Pero una morbosa curiosidad la hizo acercarse al lugar donde había oído el grito. Necesitaba saber si era Tockson el que había vencido en aquella breve lucha.

Sus ojos se dilataron de horror al ver el cadáver.

No, no había vencido Tockson.

El cuerpo de este estaba allí, retorcido como si dos gigantescas manos lo hubieran estrujado cruelmente. El mango de su propia navaja sobresalía de la parte izquierda de su espalda. Sin duda se la habían clavado en el centro del corazón.

Estaba muerto. Había muerto, sin duda, en el mismo instante en que su enemigo lo alcanzó de lleno.

La muchacha no se entretuvo. Ahora, el miedo que sentía era superior a ella misma. Pasó por encima del cadáver porque aquel era el camino más recto para llegar hasta los ascensores.

De pronto, los pasos se reprodujeron a su espalda.

Se sintió acorralada. El ascensor automático quizá tardaría en llegar hasta allí. Antes la atraparía cien veces el misterioso personaje que había matado a Tockson. La muchacha sintió ya en su espalda el frío penetrante de la muerte.

¡Si hubiera algún sitio donde ocultarse! ¡Si pudiera desorientar a su perseguidor!

Porque quedarse allí equivalía al suicidio. Su única esperanza estaba en alcanzar el vestíbulo principal del Rockefeller Center. Allí habría animación y personas que podrían auxiliarla.

Los pasos aumentaron en volumen y en proximidad. Estaban ya a unas quince yardas de ella. ¡En cualquier momento el asesino podía saltar sobre su espalda!

Greta no se atrevió a volverse, porque el mismo miedo la paralizaba. En aquel momento oyó que llegaba el ascensor automático.

¡Un ascensor vacío, cuyas puertas se abrían y cerraban automáticamente y que podía convertirse en su propio ataúd!

El asesino no podía soñar un sitio mejor para matarla.

¡Una caja metálica donde estarían solos durante diez, durante quince segundos quizá!

¡Si entraba con ella, estaba perdida!

Las puertas se abrieron con un chirrido. Dentro no había nadie. Greta sabía que el ascensor tardaría unos veinte segundos en cerrarse de nuevo por sí solo, antes de iniciar su subida.

Pegada a uno de los ángulos de la caja, Greta esperó anhelante la entrada del asesino.

Desde allí veía el cuerpo de Tockson, pero, cosa extraña, nada en torno suyo se movió. Los pasos no volvieron a oírse.

Greta escuchaba, sin embargo, la respiración silbante de un hombre al lado mismo del ascensor. Sabía que era el que había matado a Tockson. No podía ser otro.

¡Penetraría allí en cualquier momento! ¡Sólo estaba esperando para hacer más cruel su agonía!

Greta no podía más. Sus nervios estaban a punto de estallar, de romperse como cuerdas demasiado tensas. Jamás se había sentido tan perdida como en aquel momento.

Las puertas no se cerraban.

Transcurrieron cinco segundos, diez...

La respiración al lado de la caja metálica se hizo más espesa, más agitada.

¡Y de pronto, las puertas empezaron a cerrarse!

A Greta le temblaban las rodillas cuando, apenas unos segundos después, llegaba al vestíbulo principal. Salió como un autómatas. Se dio cuenta de que todo giraba en torno suyo.

Le pareció que iba a caer de un momento a otro. El vértigo se había convertido ahora en una danza macabra.

De pronto, alguien la sujetó por un brazo.

Una voz suave, tranquilizadora, susurró muy cerca de su oído:

—Te he estado siguiendo, Greta. Ya no sabía qué pensar. ¿Qué estabas haciendo? ¿Dónde te habías metido?

Nunca Greta hubiera podido agradecer tanto aquella voz, la ayuda de aquel brazo.

Volvió la cabeza, para ver junto a ella el rostro de Plackard, y entonces, rendida, se apoyó tiernamente en el pecho poderoso del hombre.

DIEZ

Ella se había tendido en la cama. Su cuerpo formaba suaves y voluptuosas curvas sobre la colcha blanca. Llevaba la falda bastante estirada, pero aun así la habitación entera parecía haberse llenado con la morbidez y con la línea tentadora de sus piernas.

Sexton le puso un cigarrillo en los labios.

Greta aspiró el humo con avidez, como si hubiera estado deseando aquello durante mucho rato. Todo su rostro se contrajo levemente ante el pequeño, pero esperado placer que en aquel momento le proporcionaba el tabaco.

Alzó un poco una pierna, y su postura fue tan tentadora que el hombre tuvo que cerrar los ojos.

Pero sabía que ella no se había dado cuenta; sabía que aquella exhibición involuntaria no estaba destinada a él. Greta simplemente se comportaba con naturalidad, como si estuviera sola.

Caminó hacia la ventana y miró a través de los cristales, acariciados por el suave sol de la tarde. Más allá se veían los otros edificios y bloques de residencias estudiantiles que forman el inmenso conjunto de Columbia University. Por entre ellos apenas circulaba nadie en la tranquila tarde del domingo. Era una de esas horas lánguidas que parecen hechas para los recuerdos, para las palabras dulces, para el amor en la más amplia acepción de la palabra.

Sin embargo, Sexton susurró:

—Es doloroso.

—¿Por qué? ¿Por qué hablas así?

—No, por nada. ¿Necesitas algo más? ¿Quieres que te haga café?

—Si preparas una taza quizá me siente bien.

Él se volvió hacia un lado de la habitación y enchufó la cafetera eléctrica, junto al lugar donde descansaba el paquete de cigarrillos. Evitaba deliberadamente mirarla. La voz de Greta llegó hasta él como si procediera de una gran distancia.

—¿Por qué hablas así, Sexton? ¿Por qué dices que todo esto es doloroso? ¿Te he ofendido en alguna cosa?

—No.

—¿Pues qué te ocurre?

Él se volvió ahora, y sus ojos siluetearon la figura tentadora de Greta, que seguía teniendo levemente alzada una pierna.

—Yo soy como tu hermano, ¿no? —preguntó.

—¿Por qué dices eso?

—Me has citado aquí, en tu habitación, y te has comportado exactamente igual que si no hubiera nadie. Es decir, te has tendido en la cama, sabiendo que no corrías ningún peligro, me has pedido que te encendiera un cigarrillo y te lo pusiera en los labios, y ahora me pides que te prepare café. Tu confianza es absoluta, Greta. Das por descontado que no ocurrirá nada.

—Claro que mi confianza en ti es absoluta, Sexton. Hace muchos años que te conozco. ¿Por qué?

El volvió nuevamente la espalda, mientras simulaba ocuparse en el cuidado de la cafetera.

Desde allí, sin mirarla, musitó:

—Porque debió habésete ocurrida que yo también puedo haberme enamorado de ti, Greta.

Ella retiró el cigarrillo de sus labios, mientras sonreía suavemente.

—Vamos, Sexton, no digas tonterías.

—¿Por qué son tonterías?

—Tú y yo somos igual que hermanos.

—Esa es la razón de que diga que todo esto me parece doloroso.

—¿A qué viene eso ahora? Nunca me habías hablado así...

—Es que tampoco nunca he sentido tantos deseos de besarte, Greta.

Ella cambió de postura, sentándose en la cama e irguiendo el busto, como si presintiera un peligro. Pero fue solo un momento. Las palabras de Sexton, diciendo que no la había besado nunca, le traían el recuerdo de los besos rabiosos de Plackard. Le recordaban las manos ávidas, de este, apretando fieramente su cuerpo.

Claro que con Sexton nada de esto podía producirse. Sexton resultaba demasiado buen muchacho. Él era distinto.

Se puso en pie y fue hacia la ventana, mientras oía a sus

espaldas el gorgoteo del café.

—No quisiera molestarte, Sexton —dijo con suavidad—, pero quizá debieras comprender que tengo otras preocupaciones en este momento.

—¿Lo dices por lo de anoche?

—Sí. Y quizá en realidad no te hayas dado cuenta aún de lo horrible que es todo esto. Casi ante mis ojos mataron a un hombre, y a mí estuvieron a punto de matarme también.

—Quizá pensó que gritarías, y que aquello aún estaba concurrido. No debió atreverse.

—No me hubiera dejado tiempo para gritar. Tockson llevaba una navaja en la mano, daba la sensación de saber usarla bien, y sin embargo, no duró ni diez segundos. El asesino, fuese quien fuere, lo exterminó con su propia arma. Debe ser un hombre de una fuerza excepcional, alguien que...

Se oyó un chasquido. Un chasquido sordo, seco, que por un momento pareció llenar del todo la habitación. Simultáneamente a esto, la voz de Sexton gritó brutalmente:

—¡Calla!

Pero no fue la voz anormal de Sexton lo que causó asombro a la muchacha, sino lo que había en la mano del hombre.

Este había sostenido un vaso hasta entonces en la mano derecha, y ahora, el vaso estaba hecho añicos entre sus dedos, con pedazos de cristal aún pegados en su piel.

Simplemente, Sexton había destrozado el vaso con la presión de su mano. Sin ninguna clase de esfuerzo, y sin darse cuenta, quizá, de lo que estaba haciendo.

¿Qué fuerza sobrehumana era necesaria para aquello? ¿Qué clase de dedos había de tener un hombre para hacer añicos de aquel modo un vaso bajo y de vidrio grueso?

Sexton miró su mano derecha. Sus ojos se habían vuelto turbios, pero la muchacha no lo notó. Estaba solo pendiente de aquella mano y de las gotitas de sangre que se desprendían de ella. Luego, Sexton, silenciosamente, fue hacia el adjunto cuarto de baño, depositó los cristales en la papelería y se lavó la mano cuidadosamente. Instantes más tarde, la sangre había dejado de gotear.

Cuando volvió junto a Greta, su rostro era completamente

inexpresivo. También la muchacha parecía haberse tranquilizado.

—¿Qué te ha ocurrido, Sexton? —murmuró.

—Oírte hablar de todo eso me pone nervioso. No sé, pero no puedo remediarlo.

—Más nerviosa debería estar yo, compréndelo.

—¿Has tenido algún problema con la policía?

—No, ninguno. Afortunadamente estaba Plackard fuera, junto al 30 de Rockefellerd Plaza, cuando yo salí. Él se dio cuenta inmediatamente de lo que sucedía y me evitó cualquier preocupación. De no ser por él, no sé lo que hubiera llegado a hacer. Quizá una locura. Estaba tan asustada, tan aturdida, que... No sé, por primera vez en mi vida, la sensación de vértigo era más fuerte que yo. Estaba aterrorizada.

—¿Qué hacía Plackard allí?

—No debo ocultarte que... parece como si me siguiera.

—¿Por qué?

—Él es un policía.

—¿Estás segura de que no te sigue por otra cosa?

Por primera vez latía en la voz de Sexton una mezcla de celos y despecho.

—¿Estás segura de que no te sigue por otra cosa? —repitió.

—Puede que le guste... —ahora Greta estaba aturdida, como si no supiera salir del torbellino de sus pensamientos—. Sí, es posible que Plackard sienta algo hacia mí, aunque yo no sabría definirlo en estos momentos. Pero también es probable que me siga únicamente porque él es un policía, y porque yo tengo una ficha, aunque modesta, entre los sospechosos de su Departamento. Además...

Hizo una breve pausa, mientras respiraba con dificultad.

—Además —continuó—, debo reconocer que una persona como yo llamaría la atención de cualquier policía. Me están sucediendo demasiadas cosas extrañas últimamente, demasiadas cosas inexplicables, que solo con la ayuda de la inteligencia humana no se pueden llegar a comprender.

—También me ocurren a mí.

Greta se acercó a Sexton. La confianza que se rompió con el suceso —aparentemente insignificante— del vaso, había vuelto a reinar entre ellos. Greta apoyó un momento la frente en los cristales de la ventana, junto a la cual estaba el hombre.

—¿Qué te sucede a ti, Sexton?

—Anoche vi la calle.

No hubiera querido decirlo, pero ya estaba. Notó que el cuerpo de Greta se envaraba instantáneamente.

—Hubiera preferido olvidarlo —susurró él—. Si a ti no te hubieran sucedido también tantas cosas extrañas, no te lo hubiese dicho. Todo esto, en realidad, no hace más que turbarte y perjudicarte más aún.

Todo el cuerpo de Greta seguía envarado. Daba la sensación de que no escuchaba al hombre.

—Entonces, esa calle existe... —susurró.

—Sólo en cierto modo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo casi aseguraría que no existe, que es una irrealidad. Pero hay ciertas semejanzas.

—¿Por ejemplo...?

—La calle está en Brooklyn. Forma un pequeño ángulo o curva, tal como tú decías, o mejor dicho, tal como te ha indicado a ti la señora Shop. Hay ventanas casi al nivel de las cabezas de los transeúntes. Todo eso coincide, pero debe haber alguna calle más así en Nueva York. Reconozco que no debe ser única. Todo lo demás falla.

—No entiendo...

—Claro que lo puedes entender, Greta. Te lo explicaré más claramente. La señora Shop te había hablado, al parecer, de una camisería algo anticuada, de una tocinería donde vendían un excelente *salami* y de una funeraria tras cuyos cristales se traslucía incluso el temblor de las llamas de los cirios.

—Es... es cierto.

—Pues bien, ni la camisería, ni la tienda de *salami*, ni la funeraria existen en esa calle.

—¿Es posible?

—Me fijé bien.

—¿Ibas a pie?

—No, en coche, y además, los agentes de vigilancia obligaban a rodar a cierta velocidad, y no permitían estacionarse, porque un ramal del alcantarillado se había hundido, y existía un cierto peligro. Pero la velocidad a que yo rodé, sin embargo, era ridícula.

Pon quince millas por hora. Veía perfectamente ambos lados de la calle, y puedo jurarte que no existen esos tres establecimientos.

Greta respiraba trabajosamente.

Ya no recordaba su café, ni su cigarrillo, ni nada. Sólo aquella espiral de sus pensamientos que empezaba otra vez a dar vueltas sobre su cabeza, que la aturdía, que la anonadaba...

—Entonces no es esa calle —balbució.

—Sin embargo, era el mismo lugar donde aquel hombre halló la muerte, al caer desde un andamio.

—¿Seguro?

—Completamente seguro. Lo comprobé en la agencia informativa que había dado la noticia al periódico. El número y situación de la calle no admitían la menor duda. Por si eso fuera poco, el mismo agente que me pidió fuera deprisa, me confirmó que era aquel el sitio en que se había producido el accidente.

—¿Y, sin embargo, no estaba ninguna de esas tres tiendas?

—Ninguna de las tres.

Greta se llevó una mano a los ojos, y pareció vacilar, como si el vértigo fuera superior a ella. Notó que la mano fuerte, recia de Sexton —la misma mano que había pulverizado el vaso— la sostenía.

—Dios santo... —balbució.

—No era solo eso, Greta —murmuró él.

—¿No? ¿Había algo más?

—Sí, había algo más: La tremenda sensación de irre realidad que daba aquella calle. No sabría explicártelo. La calle existía; estaba señalada en el plano correspondiente de Brooklyn; había un guardia a su entrada y otro un poco más allá; ambos eran figuras de carne y hueso, es decir, no cabía dudar de su existencia; yo rodaba en mi automóvil y notaba cada irregularidad del asfalto. Hasta un loco se hubiera dado cuenta de que todo aquello existía, de que era real, de que podía palparse. Yo mismo lo pensé: “Si envío mi coche a toda velocidad sobre una de esas casas, se me convertirá en harina”. Y sin embargo, había *algo*. ¡Si yo pudiera explicártelo! ¡Si yo pudiera decirte en qué consistía! Pero allí flotaba algo... que no era verdad, que no era real... ¡algo que no existía! Me he devanado cien veces los sesos, y cien veces he vuelto al punto de partida, Greta. No he llegado a ninguna conclusión. Empiezo a pensar que...

Se paró al notar sobre su rostro los ojos asustados de la muchacha.

Se detuvo al ver que ella le miraba con miedo, como si él mismo, Sexton, fuese una alucinación.

—¿Qué te sucede. Greta? —balbució.

—Pienso... que quizá tú estás sufriendo lo mismo que yo, Sexton. Que quizá estamos envueltos los dos en la misma clase de locura.

—¿Qué clase de locura, Greta? ¿Qué quieres decir?

—Tal vez sufrimos los dos la misma alucinación. Esa calle no existe, Sexton... ¡No existe!

Sexton notó que temblaban sus labios, igual que les sucedía a los de Greta.

No, no podía ser...

Y sin embargo, el vértigo también le estaba acometiendo a él. También se daba cuenta de que quizá ella tenía razón, de que efectivamente había visto... ¡algo que no existía!

La calle había sido algo palpable, sólido, pero sin embargo, la sensación de irrealidad también parecía haberse palpado. Sexton estaba seguro de haber pasado por la calle, pero de que, al mismo tiempo, la calle no era real. ¿Por qué? ¿En qué clase de abismos, en qué extraña locura se estaba hundiendo él también?

Greta gimió:

—No debemos pensar más en ello, Sexton... ¡No debemos pensar más en ello! ¡Nunca, ni un minuto más!

—Pero un hombre ha muerto... Tú misma me lo has explicado esta tarde. Un hombre llamado Tockson...

—Nada tiene que ver una cosa con otra.

Greta gemía y movía la cabeza angustiosamente, como si quisiera convencerse a sí misma. Sexton prosiguió, intentando buscar un punto de lógica en todo aquello:

—Pero fue la propia señora Shop la que te habló de Tockson. ¡Y Tockson existía! Fue ella la que te ha hablado de la calle, de la funeraria... ¡Todo eso también tiene que existir!

Greta se llevó ambas manos a la cabeza, como si quisiera sostenérsela, y por un momento pareció como si todo su cuerpo fuera a doblarse. Sus ojos, extraviados, parecían no mirar a ninguna parte.

—¡Calla, Sexton! ¡Calla, por favor...!

Sexton la tuvo que sujetar con sus fuertes manos, tuvo que dominar sus gestos de pantera aterrorizada, que solo piensa en huir.

Pero mientras la tenía así, los labios de Greta estuvieron demasiado cerca de los suyos, y entonces no supo resistirlo.

La dobló contra su cuerpo, la estrechó, mientras sus labios buscaban los de la muchacha.

Y aquello —dos labios de la muchacha, el sentir su cuerpo temblando entre sus brazos— sí que fue una realidad, una realidad gloriosa.

¿O quizá era también una maldita mentira?

ONCE

Las sombras de la noche habían caído ya definitivamente sobre los edificios de Columbia University. Greta estaba ya en su lecho, intentando dormir, bastante después de la marcha de Sexton, cuando empezó a sonar el teléfono.

Al principio creyó que era un sueño. Se encontraba en una especie de estado crepuscular en que las sensaciones no llegaban en gran parte a su embotado cerebro. Pero de pronto se puso en pie, sintiendo como si el repiqueteo del teléfono sonara dentro de su propio cráneo.

Lo tomó con mano vacilante. Sintió un escalofrío al distinguir la voz de la señora Shop.

—¿Greta?

—Yo misma. ¿Qué ocurre, señora Shop?

—Dios santo, menos mal que contestas... Creí que no estabas en tu habitación. Tienes que venir enseguida, Greta.

La voz de la señora Shop era visiblemente agitada. Greta se estremeció, con una mezcla de miedo y de frío.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Qué ocurre?

—He vuelto a ver la calle, Greta.

Otra vez se estremeció todo el cuerpo de la muchacha. Otra vez sintió como si las sombras la envolviesen.

Las sombras, que llenaban ya toda aquella zona de la Universidad de Columbia...

—Debe descansar, señora Shop —gimió casi—. ¡Debe descansar!

—Es que al ver la calle he comprendido algo. He comprendido que van a matarme...

—¡Señora Shop...!

—¡Tienes que venir, Greta! ¡Tienes que venir! ¡No tengo confianza en nadie más! ¡Tú eres la única que puede salvarme!

La voz de la vieja era desgarradora. Greta sintió como si todo el terror que reflejaba aquella voz penetrara también en ella, hasta

fundirse en su propia sangre.

—Voy enseguida, señora Shop —se oyó decir a sí misma, sin que su voluntad interviniera apenas en aquella promesa.

Y colgó el teléfono lentamente, mientras una profunda arruga de preocupación se marcaba entre sus ojos.

DOCE

Había luna.

Cuando la muchacha ascendía por las viejas escaleras del edificio de apartamentos donde habitaba la señora Shop, fue eso lo único que vio a través de las ventanas: la luz siniestra de la luna.

Tenía frío, miedo y sueño cuando entró en el destartelado piso de la señora Shop.

Esta se encontraba en el lecho, encogida, y tenía los ojos dilatados por el horror. Sin duda temblaba ante cualquier pisada, ante cualquier sombra que se acercara a ella. Al reconocer a Greta pareció tranquilizarse algo, pero seguía pareciendo un pobre animal acorralado.

—Greta... Menos mal que has venido, Greta.

—Ya le he dicho que lo haría... —Greta miró con aprensión los postigos de las ventanas que oscilaban por todas partes—. ¿Pero qué le ocurre, señora Shop? ¿De qué tiene miedo ahora?

—Sólo te lo he dicho a ti, Greta.

—¿Qué es lo que me ha dicho?

—Van a matarme...

Greta suspiró con cansancio. Empezaba a estar convencida de que no había nada, absolutamente nada, tras el cerebro trastornado de aquella mujer.

—Si piensa que van a matarla, ¿por qué no avisa a la policía?

Ellos no me comprenderían.

—¿Por qué no?

—Hay mil cosas que la policía no entiende. Además... ¡yo no sabría cómo explicárselo! ¡Lo que me sucede es horrible. Greta, es horrible! ¡Ver cosas que no puedo explicar de ninguna manera!

Greta suspiró con cansancio otra vez.

Se acercó a una de las paredes, ennegrecida por el reciente conato de incendio, y abrió un pequeño cachivache que la señora Shop empleaba como mueble-bar. Vio que allí aún quedaba una

botella mediada de *whisky*. Vertió un chorro generoso en un vaso y lo acercó a la vieja.

—Tome, señora Shop. Empiece por beber esto antes de querer hablar de cosas raras. Le sentará bien.

La señora Shop bebió con avidez, y luego miró a Greta al fondo de los ojos.

No se sabía por qué, pero la señora Shop tenía en su expresión algo que infundía miedo. Era como si el pánico que ella misma sentía resultara contagioso.

—Bueno, ¿y ahora por qué no descansa?

—No me crees, ¿verdad, Greta?

—¿Qué es lo que he de creer?

—Que esa calle existe.

El gesto de impaciencia de Greta tuvo mucho de cansancio. Dio la sensación de que la muchacha ya estaba harta de luchar. ¡De que ya estaba cansada para siempre!

—Oiga, señora Shop, usted me convenció al principio. Yo creí que esa calle existía.

—¿Y...?

—¿No se da cuenta? No solo me he hartado yo de darme vueltas inútiles por Nueva York, sino que tengo un amigo, un viejo amigo que también lo ha hecho. Quizá no haya un solo punto en la topografía de esta condenada ciudad que no hayamos recorrido uno u otro. ¡Y esa calle no existe! ¡Eso que usted ve es pura imaginación! ¡Esa maldita calle quizá existirá en el infierno, no lo niego, pero no en la ciudad donde vivimos!

—La otra noche... —la señora Shop parecía delirar—. La otra noche, Greta...

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué me habla de la otra noche?

—Yo leí en los periódicos la noticia de aquel hombre que había caído desde un andamio, matándose. Por algunos detalles que mencionaba... ¡yo me di cuenta de que era esa calle! ¡Lo recordé de pronto, y enseguida te lo dije! ¡Y si esa calle es un lugar donde un hombre puede matarse, significa que esa calle existe!

Greta le dio otro trago de *whisky*.

—Mire, señora Shop, ese dato del hombre muerto era muy importante, tanto que me fie de él. Ese viejo amigo de quien le he hablado es periodista, y pudo enterarse en qué lugar exacto había

ocurrido el accidente. Pero cuando llegó ya no había andamios, mientras que en una casa en construcción, los andamios no se retiran tan pronto. Tampoco había ni camisería pasada de moda ni la tienda donde vendían *salami*, ni la funeraria a través de cuyos cristales se veían temblar las llamas de los cirios. Nada de eso, ¿comprende? ¡Nada de eso! ¡Es decir, la calle que usted imagina, no, existe! ¡No ha existido nunca!

—Pero, Greta...—, ¿te das cuenta de lo que dices?

—¡La que no sé si se da cuenta de lo que dice es usted!

—Un accidente no puede ocurrir ni un hombre puede morir en una calle que no existe.

Greta se llevó ambas manos a la cabeza, sintiendo que zumbaban sus sienes, notando que un pitido cada vez más intenso comenzaba a llegar hasta el fondo de su cerebro.

—Señora Shop... ¡reflexione! ¡Razone de una condenada vez! Claro que existen las calles... ¡Hay centenares de ellas en Nueva York! ¡En muchas hay camiserías, funerarias y tiendas de *salami*, pero en ninguna de ellas esas tres cosas *están juntas*. ¡También hay calles donde un hombre se mata cayendo desde un andamio, pero no precisamente una que tenga la tocinería, la camisería, la funeraria, y que además posea ventanas bajas y que en su final forme una curva! ¡Esa calle *la imagina usted*, pero no *existe*! ¡Y si quiere no volverse loca y conservar la poca salud mental que le queda, deje de pensar en ello! ¡*Deje de pensar en ello*!

Greta se había exaltado, sin darse cuenta, y al final de su breve parlamento estaba roja por la excitación y respiraba con dificultad. Vio entonces, con sorpresa, que la señora Shop la miraba como si no la creyese.

—Greta, tú no puedes hacerme eso a mí... No puedes llamarme loca.

—No la he llamado loca, señora Shop. Sólo quiero que comprenda que lo que dice no tiene sentido, y por lo tanto, debe olvidarlo.

Pero la vieja siguió tercamente:

—Yo no busqué tu amistad. Greta. Fuiste tú la que vino a mí. Tú me hacías visitas sin que yo te llamara, y me pedías que te hablara de esa calle. ¿Por qué ahora ese cambio de actitud? ¿Por qué crees que estoy loca?

—Porque me he convencido de que esa calle no existe. Puede estar bien cierta de que he hecho lo posible por asegurarme, señora Shop, pero ahora hay que aceptar la realidad. El que no quiera aceptar estas verdades terminará encerrándose en un manicomio. Ni yo tengo ningún interés por esa calle ni usted debe tenerlo, señora Shop. Deje de pensar en ello.

La vieja hundió la cabeza, vencida, y al fin dijo con desaliento, como si no se atreviera a hablar:

—Pero van a matarme...

—¿Quién?

—Alguien que está relacionado con esa calle.

—¿Otra vez? ¿Es que no puede abandonar esa idea fija? ¿Por qué no piensa en otra cosa? ¿No se da cuenta de que esa calle no ha existido jamás?

—Van a matarme, Greta —dijo tercamente la señora Shop.

Greta se armó de paciencia.

—¿Cuándo se ha dado cuenta de que eso podía ocurrir?

—Hoy, poco antes de telefonearte. Hoy he vuelto a ver la calle. *Y entonces me he dado cuenta de que ya no volvería jamás allí.*

—¿Cómo dice eso? ¿Es que usted estuvo alguna vez en ella, señora Shop?

—Sí, desde luego que sí.

—¿Cuándo?

—*Eso no lo he visto.*

Greta suspiró otra vez, pero ahora con un definitivo y total desaliento. ¿Se estaba burlando de ella aquella vieja? ¿Hasta qué punto mezclaba la realidad con la locura? ¿No pretendería conducirla con sus palabras a un callejón sin salida?

Además, Greta seguía teniendo sueño, frío y miedo. Quizá el miedo era más intenso ahora que cuando llegó, porque tenía la sensación de que las sombras de la noche formaban ahora en torno a ella un cerco más estrecho. Se sentía incómoda allí; hubiera dado cualquier cosa por alejarse y por sentir en su rostro el vientecillo fresco de la calle.

Ahora, la señora Shop ya no hablaba. Parecía sumida en una profunda postración, como si ya no tuviera fuerzas para seguir explicando a Greta sus pensamientos.

La muchacha susurró:

—Vamos, señora Shop, procure descansar. ¿Por qué no lo intenta? Mañana lo verá todo de distinto modo.

—¿Dormir? ¿Cómo puedes decir eso?

—Pues lo digo porque es lo más natural del mundo. Son las tantas de la madrugada, y usted necesita descansar. ¿No tiene somníferos?

—Creo... que en ese cajón había.

Greta miró. Efectivamente, en el cajón había un tubo, pero este no tenía ya una sola pastilla.

—Y ahora las droguerías están cerradas... —musitó con desaliento—. Pero quizá si le preparo un buen combinado logrará dormir. Abajo hay un bar que está abierto casi toda la noche. Agúardeme cinco minutos; subiré enseguida.

—No te vayas, Greta, no te vayas...

—¿Pero por qué no? Son solo cinco minutos... ¿No se da cuenta de que está delirando?

La señora Shop alzó hacia ella unos ojos atemorizados y húmedos, pero debió sentir vergüenza de su expresión, porque inmediatamente hundió la cabeza y volvió a acurrucarse en la cama.

Greta salió silenciosamente.

Sí, en definitiva era mejor hacer lo que había pensado. Una buena mezcla de licores, como le habían enseñado a hacer sus compañeros de la Universidad, obligaría a dormir a la señora Shop. Existían algunas combinaciones capaces de tumbar a un búfalo rabioso. Ella haría beber una de ellas a la señora Shop y luego volvería a casa.

Descendió los peldaños.

Estaba ya casi en la puerta de la calle, y veía de nuevo filtrarse la luz de la luna, cuando oyó aquello.

Era como un sonido lento, ronco, gutural, parecido al del gorgoteo del agua en un grifo mal cerrado.

Greta pensó que la señora Shop se sentía mal. Quizá estaba devolviendo la bebida. Mal asunto, si el estómago no le toleraba nada.

De pronto, aquel sonido se hizo más fuerte, más ronco, más intenso.

Greta tembló, quieta en la escalera, sintiendo en su espalda algo

así como la mano helada de la muerte.

Aquel sonido era muy semejante al que produciría una persona... ¡a quién estuviesen estrangulando!

Paralizada, conteniendo incluso la respiración, la muchacha siguió escuchando durante unos segundos. Al cabo de ese tiempo ya no tuvo la menor duda de que a la señora Shop le ocurría algo. Algo en lo que no quería ni pensar.

Porque eso significaba que el asesino había estado en la habitación mientras las dos hablaban...

La horrible sensación de frío que estaba localizada en la espalda de Greta, se hizo más intensa. La joven estuvo a punto de huir, pero una fuerza superior a ella misma le hizo subir los peldaños, yendo de nuevo hacia el apartamento de la señora Shop.

Fue entonces cuando oyó en el interior de este las lentas pisadas de unos zapatos de hombre.

TRECE

La garganta de Greta se secó instantáneamente.

Aunque hubiese querido gritar con todas sus fuerzas, no le hubiera sido posible.

Las rodillas le temblaban. Tenía la sensación de que sus piernas se habían empequeñecido y de que sus medias iban a resbalar piel abajo. Sus pies parecían haberse clavado en el suelo, y la sensación de que ya no lograría moverse de allí era sencillamente angustiosa.

Mientras tanto, los pasos seguían sonando a poca distancia.

En el interior del apartamento de la señora Shop.

Greta consiguió encajar las mandíbulas, logró reunir un resto de serenidad y siguió ascendiendo los pocos peldaños que faltaban para llegar hasta la puerta. Bruscamente, la curiosidad había podido más que el miedo. El ansia de saber era superior a la sensación de estar rodeada por la muerte.

Empujó la puerta. La había dejado abierta intencionadamente, para, a su regreso, no tener que molestar a la señora Shop.

La hoja de madera crujió levemente.

El miedo que sentía Greta era tan intenso que estaba más allá de lo que sus músculos podían reflejar. Por eso su rostro, cuando ella entró en la habitación, no era más que una máscara. Por ello sus piernas ya no temblaban: porque ni siquiera tenían fuerzas para eso.

Recorrió lentamente la habitación, con una mirada circular.

No gritó al descubrir a la señora Shop, porque sabía ya lo que iba a encontrar. *Sabía ya que ella estaba muerta.* La visión de su rostro desencajado a causa de los sufrimientos a que la habían sometido al estrangularla, no consiguió alterar a Greta.

Esta buscaba al criminal. *Sabía que el asesino estaba allí.*

La habitación se mostró vacía ante sus ojos, como en esas escenas de película en que la cámara va recogiendo estancias vacías y objetos abandonados. Daba la sensación de que aquella casa no hubiera sido habitada jamás. Como si el cadáver de la señora Shop

estuviera allí desde la primera noche de los tiempos.

¿Pero dónde se había ocultado el asesino? ¿Desde qué lugar acechaba, dispuesto a saltar?

Ahora Greta se dio cuenta, con sorpresa, de que no tenía ningún miedo. El horror dentro de la habitación era tan intenso que ella misma formaba ya parte de aquel terror. No se hubiera asustado ni aun en el caso de ver a un monstruo surgir de entre las sombras.

Fue en línea recta hacia el cuarto de baño.

Era el único lugar donde no había entrado, cuando habló antes con la vieja, y la única habitación aparte que había fuera de la sala-dormitorio. El asesino tenía que estar allí.

Las mandíbulas de Greta estaban encajadas cuando ella entró. Ni un músculo de su cuerpo temblaba. No hizo el menor gesto cuando oyó chirriar también aquella puerta.

Vio la bañera vacía, las cortinillas de la ducha corridas y todos los aparatos que componen un cuarto de baño, más o menos moderno. Pero no había nadie allí, ni ningún ser humano tenía posibilidad de ocultarse. El reducido espacio no lo permitía.

Greta sintió entonces el miedo otra vez.

¿Es que quizá el asesino de la señora Shop no era un ser humano? ¿Es que era un producto de las pesadillas de aquella mujer, el cual se materializaba de pronto, como un fantasma llegado desde el Más Allá? ¿Es que quizá esas cosas ocurrían realmente?

Greta apretó los labios.

No, en la materialista Nueva York no había fantasmas, sino hombres de carne y hueso. El asesino de la señora Shop era alguien corpóreo que aún estaba allí... ¿pero dónde?

Greta se volvió entonces lentamente, con la brutal sensación de que lo había comprendido todo.

Sentía los ojos del asesino en su espalda. *Lo había tenido a su espalda todo el tiempo.*

Terminó de girar por completo y entonces lo vio. Estaba tras la puerta. Ella misma, al abrir, le había proporcionado su escondite.

Pero no, no era un ser humano.

Aquel rostro carcomido por el fuego, aquellas facciones tan horribles como las que ella había visto en la vieja película “Los crímenes del museo de cera”, aquellas manos crispadas y

ennegrecidas por las horribles cicatrices, no podían corresponder a un ser humano.

Cuando aquella especie de monstruo sin nombre y sin forma avanzó hacia ella. Greta sintió que todas sus fuerzas la abandonaban de repente, sintió que estaba perdida y que iba a morir.

La sensación de horror subió hasta ella como una garra, atenazándole la garganta.

No podía gritar; no podía respirar siquiera.

Lanzó un gemido ronco, mientras sus ojos se nublaban, y cayó pesadamente a tierra.

CATORCE

No tenían piedad. Aquellos hombres la trataban como a una fiera acorralada o como a una espía a la que dentro de poco tuvieran que ejecutar. Greta aún no podía creerlo.

Aún creía estar viviendo una especie de sueño en el que la realidad del cadáver de la señora Shop se unía a la visión del monstruo y sus espantosas garras, y a la sensación de olvido y de muerte en que se había sumido al caer desmayada.

Bruscamente, ahora se encontraba ante una decoración completamente distinta. Al despertar ya se encontró allí, bajo la luz de los focos. Al principio pensó que la habían recogido moribunda y que trataban de salvarle la vida en un quirófano. Luego se dio cuenta de que no estaba tendida en la mesa de operaciones, sino sentada en una silla muy dura, mientras unas manos que parecían de hierro la obligaban a mantenerse rígida. Tardó en comprender que aquellas manos correspondían a unos policías. ¡Y tardó aún más en darse cuenta de que aquellos focos eran los de una sala de interrogatorios! ¡La estaban interrogando como si ella fuese una criminal, como si ella hubiera matado a la señora Shop!

Las ideas se mezclaban en su mente. Una horrible sensación de vorágine la acometía.

Estaba viva, estaba viva... ¿Pero, cómo? ¿Qué había sucedido después de que ella perdiera el sentido?

Una voz metálica la sacó de sus reflexiones.

Quedó paralizada al darse cuenta de que era la voz de Plackard.

—¿Te sientes mejor, Greta? ¿Estás dispuesta a hablar?

—¿Hablar? ¿De... de qué?

—Tú eres la única persona viva que ha sido encontrada cerca del cadáver de la señora Shop.

Greta se llevó una mano a los ojos, aturdida. Aún no podía creer en lo que estaba sucediendo.

—¿Pretendes que... que la he matado yo?

—Yo no supongo nada. Eres tú la que debe decirnos lo que ocurre, si es verosímil, nosotros te creeremos. Estamos deseando creerte —recalcó—, pero para eso debes ayudarnos un poco.

—Quiero... agua... Me... me muero de sed.

Se la dieron, mezclada a un poco de licor. Greta tosió dos veces y se sintió más aliviada. De una forma lejana se daba cuenta de que su falda había resbalado excesivamente sobre sus rodillas, pero, ¿qué importancia tenía eso ahora? ¿Se fijaban aquellos hombres en ella como mujer o como víctima?

—Aún no sé lo que ha ocurrido —pudo balbucir al fin—. Tendrás que explicármelo, Plackard.

—¿Por qué no? Es muy sencillo. Un policía de vigilancia oyó un grito surgir de una ventana de un edificio de apartamentos. Por lo visto, gritaste en el momento de desmayarte, si es que tu desmayo fue real. El policía subió y encontró las puertas abiertas. Se encontró, además, con un cuadro que no tenía ninguna gracia. Aquella vieja bruja estaba muerta, y tú parecías sin sentido. Llamó a una ambulancia, y en el primer momento intervino la Policía Metropolitana. Pero no es casualidad que yo procurara seguirte siempre, aunque en esta ocasión confieso que, por haber ocurrido las cosas a altas horas de la noche, no llegué a tiempo. El C. I. A. reclamó ocuparse del caso, porque estás fichada por nuestra organización, y la Policía Metropolitana no se opuso. Inmediatamente te trajimos aquí, y esta es toda la historia.

—¿De veras creéis que yo he matado a la señora Shop? ¿Es eso posible?

—El único ser vivo que se encontraba junto a ella eras tú.

—Pero no pude tener fuerza para estrangularla...

—No hace falta ser un hércules para retorcerle el pescuezo a una vieja.

—Las marcas de mis dedos se notarían entonces en el cuello. Y habría algunas huellas.

Plackard se movió unos instantes en las sombras. De pronto, aparecieron sus manos en la zona de luz, sosteniendo lo que parecían ser tres pingajos de goma.

—El asesino se puso esto —dijo—. Son unos guantes de goma, imitando garras, y una careta también de goma que reproduce las facciones de un monstruo.

Cualquiera de esos artículos puedes adquirirlos por muy poco dinero en un montón de tiendas de Nueva York. Por lo tanto, no hay huellas, y lo que yo me pregunto es si eso te lo pusiste tú.

—¿Por qué iba a ponérmelo?

—Para que no te reconociera la señora Shop. Tú eras amiga suya. ¿Es cierto o no?

Greta se estremeció.

Ahora volvía a tener miedo, pero por una cosa muy distinta.

Desde el punto de vista de la policía, todas aquellas preguntas eran lógicas. La situación podía ser todo lo oscura que se quisiese, pero era ella la que aparecía como sospechosa en primer lugar. ¿La habría perdonado el asesino por eso? ¿Habría querido, simplemente, hacer recaer sobre ella la culpabilidad?

—Esa careta y esos guantes los llevaba un hombre —dijo—. Creí que me mataría cuando, aterrorizada, perdí el sentido.

—¿Sí? ¿Cómo era ese hombre?

—Pues... No pude fijarme en su rostro, claro está... Pero era alto, muy fuerte...

—Con eso no explicas nada. Hay centenares de hombres altos y fuertes en Nueva York. Si entras en un gimnasio de esos donde se entrenan los boxeadores, verás tantos de ellos que caerás de espaldas. Y los mismos agentes de policía han de ser altos y fuertes para poder vestir el uniforme. ¿Es eso todo lo que se te ocurre decir, Greta?

Ella bajó la cabeza. Hubiera sentido deseos de chillar, de gritar, de llorar... Aquella tortura era injusta y superior a sus fuerzas. No podía resistirla.

—¿Por qué no me dejas marchar? ¿Por qué tengo que soportar todo esto?

—Tienes que aguantarlo porque existe una Ley —dijo Plackard recalcando las palabras—. Y yo lo siento; no creas que a mí me hace gracia tener de ese modo a una mujer bonita. Pero nosotros no te tenemos aquí solo para acusarte, sino también para escuchar tu defensa. Vamos, habla. Estamos dispuestos a oír tu versión de la historia.

Greta, con voz cansada y opaca, mencionó punto por punto lo ocurrido. Omitió detalles que la policía no hubiera entendido, por ejemplo las continuas referencias de la señora Shop a la calle que, al

parecer, no existía.

Hablaba con la cabeza baja, para que la fuerte luz no le dañara los ojos. Pero, mientras lo hacía, y aunque no podía verlos, notaba la desconfianza y el recelo en los policías. Evidentemente, no creían sus palabras.

Al fin añadió, dirigiéndose hacia la inconcreta sombra que debía ser el cuerpo de Plackard:

—No me creéis, ¿verdad? Todo esto os parece una fábula.

—Evidentemente no es demasiado verosímil, y debería hacerte sobre ello una montaña de preguntas. En primer lugar, ¿por qué fuiste esta noche a casa de la señora Shop?

—Ya lo he dicho: Ella me llamó.

—¿Por qué?

—Ya lo he dicho también. *Tenía miedo de que fueran a matarla.*

—Y adivinó, ¿eh? ¿Te encargaste tú de que no se equivocara?

Greta sintió que se contraía su garganta. Gimió:

—¡Plackard...!

—Perdona, me olvido a veces de que estoy tratando contigo. La ironía es muy propia de nuestro cochino oficio, ¿sabes? y la empleamos sin darnos cuenta. ¿Te sientes mejor?

De repente, la voz de Plackard había cambiado. Era cariñosa y afable, pero Greta tenía la sensación de que lo hacía para tenderle una trampa.

De repente le odió, le odió con toda su alma.

Y, sin embargo, poco tiempo atrás no había sabido resistirse a sus besos...

—Déjame ir... —gimió—. Déjame ir...

Ahora Greta estaba al límite de sus fuerzas. Ahora no era más que una pobre muchacha, una pobre muchacha acorralada y sola.

—Déjame ir...

—Está bien, voy a dejarte —dijo inesperadamente Plackard—, aunque solo sea en recuerdo de lo que siento por ti. Pero va a ser con la condición de que no te alejes de Nueva York. Aunque no estás detenida, puede que se te pase la notificación dentro de unas horas. Hablaremos inmediatamente con el fiscal del distrito.

Greta se puso en pie. Tenía la sensación de que las piernas se negarían a sostenerla.

En efecto, Plackard tuvo que acompañarla solícitamente hasta la

puerta de la calle.

—Lo siento —murmuró al despedirla—. Comprende que es mi deber, Greta.

La joven avanzó sola por la calle de luces fantasmales, sobre la que se insinuaban los primeros resplandores del amanecer.

Allí la estaba esperando alguien.

Un hombre alto, fuerte, con manos de héroes, capaces de destrozar un cuello en pocos segundos.

Sexton.

QUINCE

Los somníferos no le habían producido ningún efecto. Había intentado descansar, pero era inútil.

Sus pensamientos estaban inmersos aún en las últimas sensaciones. Le parecía ver de nuevo el cadáver de la señora Shop, aquel rostro horrible que se acercó a ella desde detrás de la puerta, las manos que iban a atenazarla...

Sexton, que no la había dejado en todo el día, aconsejó:

—Vamos al cine. Lo que tú más necesitas ahora. Greta, es distraerte un poco. Si sigues sumida en esas ideas, acabarás por volverte loca.

Greta se encogió de hombros.

¿Loca? ¿Qué más daba? ¿No había estado loca también la señora Shop? ¿Y no había resultado que al final tuvo razón?

Fueron a un cine de la calle Cuarenta y Nueve Oeste donde proyectaban una película insípida y un no menos insípido documental sobre técnica cinematográfica.

Greta apenas prestaba atención a aquello. La película no conseguía borrar sus recuerdos. Las ideas seguían atormentándola, pinchando como alfileres en su cráneo...

Era inútil, no podría olvidar.

Y de pronto, sus ojos se dilataron de asombro.

De asombro y de horror, porque lo estaba comprendiendo todo.

Porque sin ver nada —porque en realidad no veía nada— se encontraba ahora ante la calle que no existía.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

* * *

Sexton preguntó en voz baja:

—¿Qué te ocurre?

—Na... nada.

—Has tenido como una sacudida. Ni que hubieras visto a un fantasma en la pantalla...

—No... Repito que no es nada.

—Supongo que es así, pero... ¿por qué te tiembla la voz de ese modo, Greta?

—Nada... —Ella intentó dominarse—. Bueno, Sexton, ¿por qué no me crees? Me siento un poco alterada, pero eso es todo. No me ocurre absolutamente nada...

—Lo que se ve en la pantalla no tiene importancia. Un simple documental sobre técnica cinematográfica. ¿En qué puede afectarte?

—En nada... Te lo estoy diciendo. Me siento un poco alterada, pero no por lo que ocurre ahora.

Sexton calló.

Parecía convencido.

Ella cerró un momento los ojos, y desesperadamente intentó reflexionar, quiso poner orden en sus confusas ideas, mientras ponía el cuerpo tenso para que él no notase los estremecimientos que de otro modo hubieran sacudido todo su cuerpo.

Estaba segura de no haberse equivocado.

La calle no aparecía en la pantalla, pues todo lo que el documental reflejaba estaba ocurriendo en un *plató*, pero no le cabía duda de que acababa de dar con la solución.

Nadie la había engañado, nadie... excepto el asesino.

La calle existía. La señora Shop le había dicho la verdad. ¡La calle existía y ella podía encontrarla!

—Por favor, Sexton, vámonos de aquí.

—¿Pero qué te sucede?

—No me siento bien, eso es todo.

—¿Ves cómo algo te ocurre? ¿Quieres que te lleve a tomar una copa?

—No, Sexton. Gracias... Llévame a casa.

—Lo que tú quieras.

Ambos salieron en silencio. Greta pensaba en lo extraña que es la vida, en lo raro que resulta el que uno descubra en dos minutos la siniestra verdad que durante semanas no llegó a comprender. Por su parte, Sexton continuaba en silencio.

La brisa fresca no disipó la pesadilla que rodeaba a Greta. Los

ruidos del tráfico le parecieron ensordecedores. Una auténtica riada de coches bajaba por Broadway, dirigiéndose a Times Square. Sin duda debía haberse producido un embotellamiento, y por eso sonaban insistentes las bocinas.

Times Square, Broadway, la Séptima Avenida...

Todo resonaba en el cráneo de Greta como una sucesión de gritos ensordecedores. Todo la aturdió.

Al llegar a la puerta de su casa. Sexton la retuvo apretándole fuertemente las manos.

—¿De verdad no me necesitas. Greta? ¿De veras no puedo hacer nada por ti en este momento?

—No, Sexton... Nadie puede hacer nada.

—¿Pero qué te sucede, Greta? ¿Por qué esa sensación de misterio?

—No es nada, Sexton... Te ruego que me dejes.

Él no protestó.

Parecía resignado a no entender a Greta. Diríase que había renunciado a ello.

Sin embargo, sus labios buscaron los de la muchacha en la oscuridad de las escaleras exteriores que ascendían hasta el portal, y encontró que Greta tenía los labios quietos, fríos y rígidos, como los de una muerta. No se negó a su beso, pero tampoco respondió a él. Era, en cierto modo, como si viviese en otro planeta.

—No te entiendo... —susurró él—. No sé qué te ocurre esta noche, muchacha. ¿De veras no puedo ayudarte?

Ella contestó con un soplo de voz:

—No me ocurre nada...

Antes de que él pudiera reaccionar. Greta ya había entrado en el portal, desapareciendo de su vista. Era increíble la agilidad con que Greta se movía en determinados momentos. “Como una gacela —pensó Sexton—, como una gacela que quizá va a la muerte...”

Poco a poco, el joven descendió las escaleras y se hundió en la penumbra de la calle. Daba la sensación de estar aturdido.

Se detuvo al cabo de unos instantes. Encendió un cigarrillo, introdujo las manos en sus bolsillos y siguió caminando.

Greta no llegó a su apartamento. Apenas calculó que Sexton estaría lejos, volvió sobre sus pasos y salió a la calle nuevamente.

Todo estaba quieto y tranquilo. Nueva York no es una ciudad ruidosa, al contrario de lo que muchos creen, y a partir de las seis de la tarde muchas de sus calles quedan sumidas en una apacible paz. Así sucedía con el lugar del West Side en que vivía Greta.

La muchacha caminó rápidamente.

Fue a pie hasta Times Square, tras convencerse de que nadie la seguía. Plackard había estado tras sus huellas hasta aquel día, y con más razón ahora seguiría vigilándola. Sin embargo, no veía a nadie que le llamara la atención. Varias veces volvió la cabeza, y siempre encontró tras ella personas distintas. Si es que la seguían, lo estaban haciendo muy bien.

La muchacha llegó al fin a la conclusión de que nadie iba tras sus pasos.

Mejor.

Tomó el *subway* en la sórdida estación de Times Square, y lo dejó poco más allá, en la no menos sórdida estación de la Biblioteca Municipal. Caminó un poco, todo ello con la intención de desorientar a cualquiera que la siguiese, y volvió a tomar el *subway* en la Tercera Avenida. Desde allí, ya más tranquila, se dirigió a Brooklyn.

No sabía dónde estaba exactamente la calle de que le hablara la señora Shop. Estaba en Brooklyn, eso era todo lo que sabía por el momento. Pero daría con ella.

Y la encontró, cuando acababan de sonar las campanadas de la medianoche.

La calle era tranquila, levemente tortuosa, y tenía las ventanas de los pisos bajos casi al nivel de las cabezas de los transeúntes.

Todo en ella era igual a como la señora Shop lo había descrito. Todo era igual a como lo imaginó Greta.

Esta caminó por ella como una alucinada, fijándose hasta en los menores detalles.

Allí estaba todo, tal como le habían dicho.

Allí estaba la camisería con sus escaparates viejos y sus géneros pasados de moda.

Allí estaba la tienda de embutidos donde se anunciaba, con letras de gran tamaño, que se vendía un *salami* especial de la casa.

Allí estaba la funeraria, con la única diferencia de que el establecimiento permanecía cerrado. Un pequeño letrero indicaba que se había trasladada a otro sector del barrio. Sin duda aún no tenían el teléfono registrado, y tal debía ser la causa de que su número no apareciese en la guía.

Todo se encontraba allí, pero Sexton, cuando pasó por la calle, no lo había visto.

Ella sí.

¿Era acaso una visionaria? ¿Era tal vez que la calle existía solo para Greta, y no para los otros?

Greta palpó las puertas de los establecimientos; rozó la sólida madera de que estaban construidas.

No, no era una alucinación.

La calle existía realmente.

¿Pero dónde estaba lo que ella buscaba? ¿Dónde podía encontrarlo?

¿En la funeraria tal vez? ¿En el edificio que, al parecer, llevaba bastante tiempo cerrado?

Greta empujó con desgana la puerta, creyendo que la encontraría tan hermética como la de una caja de caudales.

¡Y la puerta se abrió!

* * *

Un denso olor a polvo, a humedad y a moho la envolvió apenas traspuso el umbral. El olor especial del establecimiento abandonado se mezclaba a ese hedor indefinible, sutil, que docenas y docenas de muertos habían ido dejando tras su breve paso por allí. Las paredes —sin pintar en los últimos años— parecían haber ido recogiendo y conservando aquel olor, para lanzarlo sobre Greta apenas esta traspuso el umbral de la puerta.

La muchacha contuvo la respiración.

No fue solo por angustia, sino también por miedo. Se dio cuenta de que esta vez había llegado demasiado lejos.

El asesino sabía que vendría. *Por eso la puerta estaba abierta.* Sin duda este la aguardaba ya para asestar el golpe que terminaría con ella.

Pero la muchacha avanzó. Ahora ya estaba en el buen camino,

ahora ya necesitaba llegar hasta el fin.

Dentro todo estaba cubierto de polvo y vacío. Viejas mesas desconchadas, archivadores de bordes comidos por las ratas, armarios donde en otro tiempo se ocultó el secreto de la muerte...

Todo aquello, alumbrado por la luz de los faroles que penetraba a través de las ventanas de vidrio opaco, tenía un aspecto irreal, una apariencia de escenario preparado para una película de pesadilla.

La muchacha oía sus propios pasos como algo lejano, como si correspondieran a otra persona.

Se detuvo en el centro de la estancia, sintiendo que temblaban sus rodillas, y entonces oyó aquella voz:

—Te esperaba. Greta... Sabía que tú misma elegirías este sitio para morir.

DIECISEIS

La muchacha se volvió lentamente. Sus ojos se encontraron con los del hombre que acababa de hablar.

Estaba allí, rígido, inmóvil y tranquilo como una estatua que de pronto hubiese surgido de la tierra.

Era Plackard.

Plackard que la miraba con sus enigmáticos ojos, donde brillaba una chispita de burla.

Greta susurró con un soplo de voz:

—Ya se han terminado los disimulos, ¿verdad, Plackard?

—Es necesario.

—¿Me esperabas?

—Me he adelantado a ti, porque sabía que vendrías. No he dejado de tenerte vigilada ni un momento; ha sido un trabajo agotador, pero que al fin da su fruto. Lo que no comprendo, Greta, es cómo pudiste dar con esta calle.

—Ha sido al ver un documental sobre técnica cinematográfica. Explicaban allí que muchos decorados se construyen con materiales duraderos o que dan una gran sensación de solidez. Por ejemplo, una casa que haya de aparecer en una película tiene externamente el aspecto y la dureza de una casa real, aunque consista solo en una fachada que se monta y desmonta en pocas horas. Entonces lo comprendí. El hombre muerto había caído desde un andamio al montar los decorados para una película que iba a rodarse en esta calle. Horas más tarde, cuando Sexton pasó por aquí, los decorados ya estaban concluidos y habían desaparecido los andamios. Había aquí un par de viejas casas que eran completamente artificiales, y que tapaban la tienda de camisas, la tocinería y la funeraria. Por eso Sexton no las vio, y por eso, sin embargo, *tuvo una profunda sensación de irrealidad*. Esa sensación que dejan los decorados, aunque sean muy verídicos. Al comprenderlo he venido aquí, para encontrarme con que la película ha sido rodada y los decorados ya

han desaparecido.

—Eres muy lista, Greta. ¿Has imaginado también que la muerte del hombre que cayó desde el andamio no fue casual?

—Ahora me doy cuenta de que no pudo serlo. El buscaba quizá lo mismo que yo. Él era uno de los hombres de la banda de mí padre, compuesta por otro hombre, Tockson, y una mujer, la que conocí como la señora Shop. Ella fue la que más sufrió de todos, porque a causa de un accidente tenía la memoria perturbada. Sólo recordaba retazos de su vida anterior, y entonces creía ver esta calle, donde por otra parte había vivido. Siempre que me hablaba de ella yo intentaba escucharla, sacarle las palabras una a una. Al fin perdí la esperanza, creyendo que era una visionaria, pero ella tenía razón. Encontrar esta casa era el único modo de descubrir el secreto de mí padre...

—La hija de Razowsky... —musitó burlonamente él—. Una bella y adorable hija. Para verle entraste y saliste ilegalmente de los Estados Unidos, ¿verdad? Fue entonces cuando te conocí y me di cuenta de que debía tener cuidado contigo. Podías querer hacerte rica demasiado pronto, como pretendió tu padre...

—Yo no busco lo que mi padre ocultó aquí para ganar dinero con ello. Lo busco solo para entregarlo a la policía. Quiero poder llevar mi apellido con dignidad.

Plackard sonrió burlonamente otra vez.

—Delicada palomita... Me conmueve lo que dices, pero no has de preocuparte. Tus intenciones están a punto de llegar a buen término. Al fin y al cabo, la policía soy yo.

—No eres, en realidad, más que un esbirro y un asesino... Tú mataste a mí padre cuando estaba detenido, ¿verdad? Tú le estrangulaste con su propio cinturón, haciendo luego que uno de tus subordinados lo descubriese para que todos pensaran que se había suicidado...

—Así es... Soy un hombre fuerte y puedo matar a los otros con facilidad. ¿De qué serviría negarlo ahora? También maté a Tockson en el Rockefeller Center. Si te fijas, cada vez que ha habido un muerto yo estaba cerca. Me hizo mucha gracia tener que enseñarte luego los guantes y la careta con que había aterrorizado a la señora Shop...

—¿Por qué no me mataste entonces, Plackard? ¿Por qué sigo

viva? Has podido acabar conmigo muchas veces. ¿Por qué no...?

—Todos los otros iban detrás de lo que Razowsky ocultó aquí, y por tanto eran unos competidores a los que convenía eliminar. Tus intenciones, en cambio, no se me aparecían claras. Pensaba que siempre habría tiempo para eliminarte, y además podías serme muy útil como sospechosa. En realidad, esta misma noche iban a enviarte la citación del fiscal del distrito...

Greta dijo con voz ronca:

—La verdad es solo una, Plackard: Mi padre, que conocía como nadie en el mundo la actual potencia atómica china, comprendió que un secreto así tenía un precio incalculable para los Estados Unidos, e incluso también para Rusia, porque podía hacer cambiar la política mundial. Cuando nos vimos clandestinamente en Méjico y yo le pedí que dejara esa vida, él me aseguró que pronto podría hacerlo, porque estaba realizando un trabajo verdaderamente sensacional, y entonces me dio algún detalle de lo que proyectaba, añadiendo que la que luego conocí como señora Shop sería su persona de confianza. Pero entonces, vosotros, cuando ya tenía los documentos en su poder, lograsteis echarle el guante. A duras penas consiguió esconderlos aquí... Unos documentos que valen millones...

—Y por eso, tú, al enterarte de su detención, buscaste a la señora Shop, ¿no? Esperabas que ella te revelara el secreto solo con decirle que eras la hija de Razowsky. Pero la señora Shop estaba trastornada después del accidente, y solo recordaba una calle remota y lejana que tenía aspecto de no haber existido jamás. Ella había trabajado en esta funeraria, y a su memoria llegaban, de vez en cuando, retazos de lo que sucedió. Tú disimulabas las visitas diciendo que era una pobre visionaria ante la que sentías curiosidad, pero yo me di cuenta. ¡Tú también estabas tras la pista! ¡Tú querías esos documentos también!

—¡No! ¡No los quería! —la voz de la muchacha fue casi un grito histérico—. ¡Yo solo ansiaba poder decir a todos mi apellido, poder vestirme de luto después de la muerte de mi padre! ¡Ni siquiera eso me ha estado permitido! ¿Es que no te das cuenta? ¡Yo solo quiero ayudar a la policía! ¡Y tú, si tuvieras sentido común, pensarías lo mismo, Plackard!

—¿Cómo voy a pensar esa tontería? —preguntó él, sonriendo

con suavidad—. Me ha costado mucho trabajo registrar esto, en horas en que no me veía nadie, hasta dar con los documentos. Ahora los tengo aquí —mostró un pequeño sobre azul, sacándolo de uno de sus bolsillos—. Muchos hombres han muerto por esto. ¿Crees que ahora lo voy a entregar? ¿Por qué? ¿POR QUE?

Se había exaltado. Ahora, sus facciones sudorosas parecían más anchas, más brutales. Greta se dio cuenta, con sorpresa y con horror, de que Plackard no era un hombre frío, como había parecido siempre, sino un asesino apasionado, rudo, brutal, capaz de extasiarse ante el dinero fácil; un hombre que lanzaba a otro desde lo alto de un andamio o estrangulaba sin piedad a una pobre vieja...

Como haría ahora con ella...

¿La estrangularía también? ¿La mataría de un navajazo, como a Tockson? ¿O quizá tendría piedad y la eliminaría de una bala al corazón, sin hacerle conocer el sufrimiento?

Plackard avanzó un paso.

Sus facciones anchas, fuertes, eran ahora una máscara sudorosa donde brillaba la crueldad.

Sus manos gigantesas sujetaron el cuello esbelto de la muchacha. Apretaron con fuerza.

Greta no intentó defenderse. Sabía que era inútil...

Y entonces se oyó un golpe sordo, que pareció repercutir en la estancia entera.

Greta tardó en darse cuenta de que aquel golpe, capaz de desnucar a un búfalo, lo había recibido Plackard. Notó que la presión de las manos en su cuello se aflojaba y pudo fijar su vista, que estaba extraviada. Distinguió entonces, confusamente, la figura de un hombre que había golpeado la nuca de Plackard con un golpe mortal... ¡pero que solo produjo en el asesino un leve estremecimiento!

Greta cayó al suelo. Desde allí, bebiendo sus propias lágrimas, apenas pudo sollozar:

—Cuidado, Sexton! ¡Cuidadooooo...!

Sexton se enfrentaba a Plackard. Los dos gigantes se miraron solo un momento, alumbrados sus cuerpos por la luz espectral que penetraba a través de los cristales esmerilados. Sus manos tensas se mostraron dispuestas a aplicar mortales golpes de *kárate*⁽¹⁾, al

cuerpo del contrario.

Aquella lucha iba a ser cruel, implacable, casi repulsiva, pero sin embargo, tenía algo de hechizo, de esa fascinación especial que siempre producen el peligro y la muerte.

La mano derecha de Plackard pasó silbando junto a la mejilla de Sexton, fallando el golpe. De haberle alcanzado en el pómulo, le habría dejado indudablemente sin sentido. Sexton, por su parte, se movió con una rapidez fulminante y envió un cruzado al cuello de su enemigo. El golpe, capaz de matar a otro hombre, hizo tambalearse a Plackard, pero no acabó con él.

Ahora, Plackard se lanzó rabiosamente a un nuevo ataque, dándose cuenta de que tenía un adversario digno de su talla. De que acababa de encontrar la horma de su zapato.

El nuevo golpe —lanzado ahora a los labios de Sexton— partió estos completamente, haciéndole proyectar una bocanada de sangre. Sin embargo, lo que Plackard había buscado no era eso, sino la parte baja del pabellón nasal, para reventar el cerebro de su enemigo. Sexton, cegado por el dolor, no tardó ni un segundo en enviar la respuesta. El golpe de canto, propinado sobre el corazón, hizo que las rodillas de Plackard se doblasen. Los dos hombres lanzaron casi al mismo tiempo un mismo aullido de fieras acorraladas.

Sus manos chocaron salvajemente en el aire, al fallar los dos el golpe a la vez. Inmediatamente. Sexton movió la izquierda, golpeando el hígado de su adversario. La resistencia de Plackard, a pesar de ser descomunal, no pudo resistir impunemente aquello. Se tambaleó, mientras buscaba la automática de su funda axilar.

Greta se dio cuenta de que no fallaría la puntería. Gimió:

—¡Huye, Sexton, huye! ¡Aún estás a tiempo...!

Pero Sexton no huyó. Una decisión fanática de luchar hasta la muerte por la mujer a la que amaba, estaba dibujada en sus facciones. Golpeó con el filo de la mano la muñeca armada de su enemigo, rompiéndola. Plackard lanzó un aullido de insoportable dolor mientras caía hacia atrás. Sexton saltó sobre él, alzó las dos manos enlazadas y...

Era un golpe de “marine”, un golpe de guerra que resultaba casi siempre mortal. El impacto bajo el pabellón nasal de Plackard le rompió la base del cráneo. Sólo el chasquido siniestro ya indicó a

Greta lo que acababa de suceder. Ella cerró los ojos y se llevó ambas manos a la cara, llorando angustiosamente.

Tardó casi cinco minutos en reaccionar, mientras Sexton acariciaba sus cabellos con suavidad infinita.

—No te inquietes, Greta... Llamaré enseguida a la policía. Todo se ha resuelto al fin.

Ella alzó un momento la cabeza, con mucha lentitud, y abrió los ojos. Sus párpados temblaban.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Sexton? ¿Cómo...?

—Muy sencillo: Siguiéndote.

—¿Pero por qué...?

—No soy tan tonto, muchacha. En el cine me di cuenta de lo que te ocurría, pero disimulé. Yo había estado antes en esta calle y comprendí entonces que había visto unas fachadas para emplear en una película, las cuales tapaban unas tiendas, precisamente aquéllas que habían de servirnos de guía. Dejé que te movieras en aparente libertad, pero ni por un segundo te he perdido de vista...

La ayudó a ponerse en pie y susurró:

—Ya ves si creía en ti que incluso he solicitado nuestra licencia de matrimonio. Al dar tu nombre he dado el auténtico: Greta Razowsky...

—Sexton, no sé cómo agradecerte...

—Los que aman no necesitan agradecer, nena.

Y la estrechó contra sí. No la besó porque entre ellos no hacía falta ni siquiera eso. Eran años de amistad, de comprensión, de cariño, los que los unían, y eso importa mucho más que un solitario beso. No, no necesitaban unir sus labios para comprender lo que sentían. Ni lo necesitaban tampoco para saber que ahora el futuro ya era de los dos.

Sexton la sacó de allí, apoyándola en su brazo—. Busquemos un teléfono, Greta. Aquí no lo hay—. Sí, querido.

Era la primera vez que le llamaba así. Y lo curioso fue que, al hacerlo, Greta se sorprendió de no haber empleado la palabra antes, mucho antes. Porque en realidad se daba cuenta de que siempre había buscado su compañía en él, de que Sexton había sido el único cariño de su solitaria vida.

—Sí, querido —repitió.

Y los dos salieron, estrechamente unidos, para hundirse entre las

sombras de “La calle que no existía”.

F I N



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



esca

un VETERANO SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*

{1} Nuevo y peligroso sistema oriental de lucha. (N. del A.)